

PAPER I

El derrumbe del sistema americano y la victoria de Trump

Obama fue en 2008 el triunfo moral y simbólico de la América progresista. El nuevo presidente de EEUU es el Obama de la otra América, la América conservadora. Pero los dos grandes partidos, Demócrata y Republicano, han implosionado.

MARCOS REGUERA



Caricatura de Donald Trump. LUIS GRAÑENA

14 DE ENERO DE 2017

En tan solo seis días, el próximo 20 de enero, Donald J. Trump pasará de ser presidente electo a ser presidente de los Estados Unidos. Sin bien está por ver aún cuáles serán las implicaciones reales de su toma de posesión, en un plano simbólico su victoria electoral ha sacudido el mundo abriendo numerosos interrogantes sobre lo que su presidencia puede suponer para la primera potencia global y el resto de países.

Este artículo forma parte de una serie de tres análisis que desgranarán distintos aspectos de la América de Trump, las elecciones, y la futura presidencia. El objetivo es ofrecer herramientas y claves de comprensión para que las lectoras y lectores puedan interpretar las numerosas noticias que se seguirán sucediendo sobre el próximo inquilino de la Casa Blanca.

En este primer capítulo, El derrumbe del sistema americano y la victoria de Trump, se intenta ofrecer una explicación de conjunto de las causas históricas, culturales y políticas que prepararon el terreno para la victoria del magnate neoyorquino.

El precio de la globalización para el American Way & Dream:

Las expresiones "American Dream" y "American Way of Life" juegan en la cultura norteamericana el papel de ideas de consenso sobre el significado de la vida en sociedad. Son el equivalente americano a la idea europea del Estado del bienestar: las condiciones sociales que permiten que un individuo y su colectividad puedan llevar una vida plena desde el nacimiento hasta la tumba. En Europa ese marco de bienestar queda a cargo del Estado, que debe regular y atenuar las injusticias para garantizar una vida digna. En los Estados Unidos, por el contrario, se entiende que son la ausencia del Estado y las oportunidades del mercado lo que provee el bienestar para quien lo persigue. Este consenso genera dos ideas relacionadas:

El American Dream se refiere a la promesa de éxito social y una vida de riqueza para aquel que tenga la voluntad de perseguir su propio engrandecimiento y reúna los suficientes méritos individuales.

El American Way of Life son las condiciones concretas que dan cuerpo al American Dream. La sociedad de consumo, la democracia, la libertad económica y de expresión, la cultura popular, los valores morales, etc. No importa que pensemos que estas ideas sean mitos. Lo importante es que rigen la mentalidad de la gente generando realidad social, aunque no siempre sea la realidad que imaginan y desean los actores que viven bajo el American Dream y el American Way.

El American Way & Dream (como me referiré a ambos a partir de ahora) es, por lo tanto, a grandes rasgos, el contrato social de los estadounidenses.

Desde hace cincuenta años asistimos al desvanecimiento del modelo clásico del American Way & Dream, de una América blanca que progresa en una sociedad de consumo, con la promesa del éxito para el que se esfuerza y una vida en barrios residenciales.

La estampa nunca fue del todo real, aunque sí se corresponde con un momento de crecimiento sostenido y redistribución de la riqueza tras la Segunda Guerra Mundial, en lo que se llamó el consenso de Postguerra entre capital y trabajo. Estos años de crecimiento sostenido desde 1945 hasta 1973 marcaron a fuego en la mentalidad americana una imagen dorada de los Estados Unidos que no sólo se proclamaba como una realidad del momento, sino como una promesa para las generaciones venideras.

DESDE HACE CINCUENTA AÑOS ASISTIMOS AL DESVANECIMIENTO DEL MODELO CLÁSICO DEL 'AMERICAN WAY & DREAM', DE UNA AMÉRICA BLANCA QUE PROGRESA EN UNA SOCIEDAD DE CONSUMO

Aun así, no todos formaban parte de ese relato de recompensa al éxito económico y valores tradicionales en barrios residenciales. Los afroamericanos sufrían la segregación, los latinos vivían una marginalidad crónica y las mujeres y minorías sexuales vivían subordinadas y ninguneadas bajo las figuras patriarcales del marido y hombre blanco heteronormativo. El American Way & Dream no sólo era homogéneo, sino que además era terriblemente excluyente.

Desde los años sesenta del siglo XX las minorías raciales y sexuales, las mujeres y muchos progresistas se han aliado en la lucha por los derechos civiles, que ha recuperado la tradición de la lucha contra la esclavitud para construir unos Estados Unidos más inclusivos. Sus reivindicaciones no tienen por objetivo acabar con el American Way & Dream, sino conseguir que se cumpla para toda la población su hipotético punto de partida: la igualdad de oportunidades, es decir, igualdad de acceso a la competición económica.

Con la firma del acta de derechos civiles del presidente Johnson en 1964 se terminaba de cimentar una lucha legal de largo recorrido, y se codificaba el esfuerzo de las protestas por los derechos civiles, saltando estos de las calles a la política institucional en el Partido Demócrata. Éste se convirtió desde ese momento en el partido de los derechos civiles y las minorías. En esa época muchos jóvenes entrarán en el partido atraídos por su mensaje moderno y por los vientos de cambio, incluso muchos republicanos, como Hillary Clinton a finales de los años sesenta. Pero el American Way & Dream no sólo se vería alterado por la paulatina (e incompleta) inclusión de los excluidos, sino que además se vería contestado por otro fenómeno distinto pero paralelo (temporalmente hablando) y es el fin de los Estados Unidos como la "Fábrica del Mundo".

NIXON FUE EL PRIMERO EN SENTENCIAR EL MODELO ECONÓMICO DE POSTGUERRA SALIDO DE LA CONFERENCIA DE BRETTON WOODS. CON SUS POLÍTICAS ECONÓMICAS INICIARÍA LA ERA NEOLIBERAL

Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos habían sido el principal productor global de bienes manufactureros orientados al mercado mundial, lo que creó veinte años de bonanza que permitieron cimentar el American Way & Dream como una sociedad industrial y de consumo con posibilidades económicas casi ilimitadas. Pero esto comenzó a cambiar con la recuperación económica de las zonas europeas devastadas por la guerra (el despegue alemán y la configuración de la Comunidad Económica Europea), así como por la industrialización de sociedades agrarias del tercer mundo, en especial las economías asiáticas, que comenzando por Japón, seguido por los Tigres Asiáticos y con la incorporación final de China han configurado un nuevo bloque mundial que ha desplazado el centro económico del océano Atlántico al Pacífico. Dichas sociedades pasaron de ser mercados estadounidenses a competidores económicos de manera simultánea. Si a esto le sumamos que la reforma monetaria de Nixon y la situación de estanflación del momento dispararon la crisis del petróleo de 1973 y la descompensación entre oferta de bienes producidos, muy superior a la capacidad de consumo interno norteamericano, tenemos que a principio de los años setenta se generaron las condiciones para que los Estados Unidos no pudieran sostener el ritmo de crecimiento económico necesario para mantener el American Way & Dream, y de esta manera surgió la necesidad de reformar la economía para sostener el modo de vida americano.

Nixon fue el primero en sentenciar el modelo económico de postguerra salido de la conferencia de Bretton Woods. Con sus políticas económicas iniciaría la Era Neoliberal a través de su reforma monetaria, con la abolición definitiva del patrón oro y su sustitución por el dólar como patrón de referencia para la convertibilidad global, y la apertura de los Estados Unidos a la economía china

con su visita a Pekín, preparó la economía norteamericana para una globalización que ya estaba desde hace tiempo en marcha por la propia lógica capitalista.

A corto plazo fue un gran éxito porque recobró para los Estados Unidos el liderazgo económico. A largo plazo liquidó el factor nacional de la economía americana acentuando su dependencia del exterior.

LA BRECHA SALARIAL DE LOS AÑOS OCHENTA LLEVÓ A GEORGE H. W. BUSH A PREPARAR EL PRIMER GRAN TRATADO DE LIBRE COMERCIO PARA COMPENSAR PARTE DE LA CAÍDA DEL CONSUMO INTERNO, EL NAFTA

Ronald Reagan profundizó el enfoque inaugurado por Nixon con su “Reaganomics” desviando recursos públicos desde el gasto en servicios sociales a los contratos de defensa, iniciando los programas de desregulación económica, así como implementando una bajada selectiva de impuestos que, en teoría, liberaría ingresos para el consumo.

A corto plazo consiguió un crecimiento macroeconómico palpable gracias al desvío de fondos públicos desde el Estado a ciertos sectores privados, así como por la desaparición de regulación laboral, económica y medioambiental que facilitó una mayor flexibilidad y dinamismo para los negocios. A largo plazo el precio que pagó la sociedad norteamericana fue el empobrecimiento de grandes sectores de su población, profundizar en su impacto medioambiental que agravaba el calentamiento global y el inicio de la decadencia de los grandes sectores industriales tradicionales por la desprotección laboral y la imposibilidad de competir con altos salarios en un mercado mundial con economías sin regulación laboral.

La brecha salarial de los años ochenta llevó al presidente George H. W. Bush a preparar el primer gran tratado de libre comercio para compensar parte de la caída del consumo interno. El NAFTA, que amplió el mercado para los productos americanos, abrió a su vez las fronteras a los productos canadienses y mexicanos e inició todo un proceso de deslocalización industrial a México.

Bill Clinton terminó de aplicar el NAFTA y aprobó la Gramm-Leach-Bliley-Act en 1999 que desregularizó el sector bancario, apuntalando la dinámica de financiarización de la economía. El proceso de globalización llegó a su cúspide durante su mandato y el de su sucesor, George W. Bush, bajo cuya presidencia un sector bancario con una regulación menor y distintos objetivos provocó una política crediticia desbocada y especulativa que hinchó la burbuja inmobiliaria. Dicha burbuja explotaría al final de su mandato con la caída de Lehman Brothers y el inicio de la gran crisis global.

Obama, por su parte, ha intentado controlar parte de los efectos más perniciosos de la desregulación financiera mediante una política de rescate y subsidios a la zona industrial clásica de los Grandes Lagos. También ha favorecido a través de Ben Bernanke un enfoque monetario algo más heterodoxo del favorecido por Alan Greenspan en la reserva federal en las décadas precedentes. Pero estos tímidos cambios no rompieron con la dinámica expuesta anteriormente, y prueba de ello ha sido su apuesta por los tratados de libre comercio del TTP en el pacífico o el TTIP (aún inconcluso) con la Unión Europea.

LA ZONA DE LOS GRANDES LAGOS, LA AMÉRICA DE LAS GRANDES FACTORÍAS AUTOMOVILÍSTICAS, HA PASADO DE SER EL CENTRO ECONÓMICO ESTADOUNIDENSE A UNA ZONA EMPOBRECIDA Y EN DECADENCIA

Vemos pues que las últimas décadas han supuesto una dinámica constante de auge globalizador de un capitalismo desregularizado, con los Estados Unidos consiguiendo con cada reforma económica mantenerse a la cabeza de las economías mundiales, pero al precio de horadar las bases económicas nacionales que habían hecho posible el American Way & Dream. Esto, por supuesto, no es responsabilidad ni resultado exclusivo de la política norteamericana. Es una

dinámica capitalista mundial, pero a la que los distintos presidentes norteamericanos han contribuido de manera decisiva.

Los resultados de esta dinámica son múltiples, pero para la victoria de Trump hay uno que se alza con gran importancia. La zona industrial tradicional de los Estados Unidos, la zona de los Grandes Lagos, la América del motor y de las grandes factorías automovilísticas, ha pasado de ser el centro económico estadounidense a una zona empobrecida y en decadencia.

El mercado ya no podía ofrecer una salida para la población de esa región ya que su estructura productiva no encajaba en la nueva economía globalizada. Las ayudas estatales y los servicios públicos desaparecieron por culpa de los recortes, pero no del todo. Como resultado de las políticas de discriminación positiva las minorías raciales tuvieron aún acceso a unos recursos que la clase trabajadora y parte de la clase media blanca empobrecida dejaron de percibir. El impulso de la lucha por los derechos de las mujeres consiguió que estas accedieran al mundo laboral, doblando el número de competidores en el mercado de trabajo. A lo que hay que añadir una mayor presencia de inmigrantes en zonas que generalmente habían sido blancas, así como el cierre de fábricas y negocios por la deslocalización industrial.

Si ni el Estado ni el mercado ofrecen los medios de reproducción vital, aparecen nuevos competidores para los pocos puestos de trabajo existentes, y los valores sociales y culturales de la época de bonanza se ven cuestionados por las élites culturales de zonas aún económicamente boyantes, el camino a la desunión queda pavimentado.

AQUELLOS CUYOS PUESTOS DE TRABAJO PUEDEN SER DESLOCALIZADOS SE ENCUENTRAN DISLOCADOS. SU REALIDAD ES GLOBALIZADA, PERO NO SACAN GANANCIA DE ELLO A PESAR DE ESTAR EN UN ESPACIO CÉNTRICO

La idea fundamental de toda esta explicación es que la globalización no sólo genera ganadores y perdedores en el tablero global, entre el centro y la periferia. Sino que dentro del centro, en los países desarrollados supuestamente ganadores, se genera un desdoblamiento entre una parte de la sociedad integrada en y otra dislocada ante la globalización.

Esta idea es muy importante para mi argumento, pues explica por qué dentro de zonas que debieran ser netamente ganadoras la globalización se comporta como un arma de doble filo, enriqueciendo y generando oportunidades para un segmento de la población y destruyendo las condiciones de vida para muchos otros. Ninguno de estos segmentos sociales está excluido de la globalización, todos forman parte de ella y sus vidas se insertan en la misma a través del trabajo, de su ausencia, y en todos los casos a través del consumo. Esta desigualdad en el disfrute o sufrimiento del proceso globalizador no se debe exclusivamente a que se resida en zonas ganadoras (centro) o perdedoras (periferia) dentro de un país, sino por el lugar que se ocupa o se ha dejado de ocupar en la estructura económica y productiva global.

Aquellos cuyos trabajos pueden insertarse con facilidad en el mercado global, o sus derechos laborales se mantienen con la protección de la época precedente, se encuentran integrados y su conflicto con la globalización es menor. Aquellos cuyos puestos de trabajo pueden ser deslocalizados, o aquellos trabajadores que acceden en una situación de vulnerabilidad al mercado laboral se encuentran dislocados, porque su realidad es globalizada, pero no sacan ganancia de ello a pesar de estar en un espacio céntrico, y por lo tanto, teóricamente ganador. Y es entre los dislocados entre los que el mensaje populista ha triunfado, pero para entender las consecuencias de esto antes tenemos que pensar otros problemas.

“Road to disunion”

“Road to disunion” es una expresión acuñada por los historiadores para referirse a la situación que los Estados Unidos vivieron en la década anterior a la Guerra Civil Americana. Lo que subyace a esta frase es la idea de que hubo un momento en la historia de los Estados Unidos donde el país se fracturó en dos mitades, con sociedades y proyectos políticos distintos, irreconciliables y antagónicos, cuya incapacidad de llegar a un acuerdo acabó sumiendo al país en una guerra civil. Por supuesto, este no es el escenario que se nos plantea en la actualidad, a pesar de las alarmas por la victoria de Trump. Aunque el fenómeno del “road to disunion” sí que se encuentra en marcha.

Al día siguiente de que Trump ganara las elecciones presidenciales numerosos estadounidenses de las costas y de las grandes ciudades acudieron a manifestarse en contra del presidente electo. Esta situación no era nueva. En el año 2009, tras la toma de posesión de Obama, hubo grandes manifestaciones en su contra, en contra de su nueva ley fiscal y un rumor sobre su lugar de nacimiento para intentar desacreditar su legitimidad como presidente. Era el nacimiento del Tea Party. Estas protestas (y las sucedidas tras la elección de Trump), que podrían entenderse como un atentado contra el procedimiento democrático, forman parte de una larga tradición norteamericana de desobediencia civil, que, respetando los cauces institucionales, los impugnan.

EL SENTIMIENTO DE DIVORCIO CON EL SISTEMA ES MUY PROFUNDO. PERO NO SÓLO CONTRA ÉL, SINO CONTRA LA PARTE DE AMÉRICA QUE SE HA ERIGIDO EN CONTRINCANTE, Y QUE A OJOS DE CADA UNA DE LAS DOS AMÉRICAS “HA SECUESTRADO” EL AMERICAN ‘DREAM’

En toda campaña presidencial hay siempre muestras de odio y decepción hacia el rival y su victoria, pero siempre se acata el resultado de las urnas, incluso cuando se demuestra que hubo fraude, como ocurrió en el año 2000. ¿Por qué en las últimas elecciones se han dado estos procesos de impugnación y desobediencia civil a ambos lados del espectro político? Porque el sentimiento de divorcio con el sistema es muy profundo. Pero no sólo contra él, sino contra la parte de América que se ha erigido en contrincante, y que a ojos de cada una de las dos Américas “ha secuestrado” el American Dream; ya sea porque excluye de él a los oprimidos, o porque aniquila sus valores tradicionales.

En realidad se trata de un proceso que viene gestándose desde muy atrás, desde los años sesenta, cuando las luchas por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam consiguieron visibilizar las tremendas injusticias que se escondían en la sociedad norteamericana y el dudoso papel que esta jugaba en el mundo.

En el punto siguiente explicaré qué es un sistema de partidos, por el momento sólo diré que la alianza electoral que sostenía al Partido Demócrata como el partido dominante en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, y tras esta, se resquebrajó cuando los demócratas aceptaron las demandas del movimiento por los derechos civiles y perdieron el Sur de los Estados Unidos; una región que dominaban desde los tiempos de la guerra civil en el siglo XIX. Así como iniciaría la progresiva pérdida de influencia entre los trabajadores de clase obrera blanca, que en Estados Unidos suelen ser católicos y conservadores en temas sociales.

LA ALIANZA ELECTORAL QUE SOSTENÍA AL PARTIDO DEMÓCRATA SE RESQUEBRAJÓ CUANDO LOS DEMÓCRATAS ACEPTARON LAS DEMANDAS DEL MOVIMIENTO POR LOS DERECHOS CIVILES Y PERDIERON EL SUR DE LOS ESTADOS UNIDOS

De esta manera se iría dibujando a través de las décadas siguientes un antagonismo de una América moderna, inclusiva, progresista, abierta al mundo y radicada en las costas, cuyo proyecto político es construir una sociedad moderna frente a una América tradicional, homogénea, religiosa y obsesionada con “los valores americanos” y el orden, cuya mayor fuerza radicaría en el Sur y el medio Oeste.

Así surgió la división contemporánea del reparto de voto que se conocería como sexto sistema de partidos. Pero esta divisoria era algo más que dos zonas distintas de votantes que constituirían la base para los dos grandes partidos. Con el tiempo cristalizó como dos Américas divididas sobre qué valores deben definir a los Estados Unidos. Dos Américas que no pueden verse, ni dialogar entre sí.

La victoria de Obama en el año 2008 fue la victoria moral y simbólica de una de esas dos Américas. El símbolo de que la lucha por los derechos civiles había conseguido romper el último techo de cristal con la conquista de la Casa Blanca por parte de un afroamericano. Donald Trump, por otra parte, es el Obama de la otra América, de la América conservadora que desea restaurar la paz social que ellos creen perdida por el relativismo y la mano blanda de los liberales de las costas. La América conservadora nunca llegó a aceptar a Obama como el legítimo presidente, y la América liberal-progresista no aceptará tampoco nunca a Trump. Y esto es así porque tanto Obama como Trump representan dos rupturas fundamentales con la tradición política norteamericana. Obama representa la ruptura racial con el hecho de que la presidencia recaiga sobre un varón de raza blanca, mientras que Trump representa la ruptura con la tradición republicano-liberal de respeto a las minorías y la prohibición de que la democracia devenga en tiranía de la mayoría.

Ahora bien, la elección de Trump supone algo más que la victoria de la América conservadora. Si observamos estas elecciones con distancia y dejando al individuo de lado, nos encontraremos que lo que ha operado ha sido la implosión de la América moderna y su proyecto de modernización, así como el colapso del sexto sistema de partidos.

El colapso del sexto sistema de partidos:

En la política norteamericana se llama sistema de partidos al conjunto de elementos recurrentes que, elección tras elección, se repiten haciendo que la contienda electoral se desenvuelva bajo unas reglas de juego específicas: qué partidos compiten y cuál es su programa. Quiénes son sus electores, sus preferencias y preocupaciones.

Resulta evidente que, aunque el Partido Demócrata y el Republicano compitan desde las elecciones de 1856, hoy en día no se tratan en esencia de los mismos partidos que había entonces. El Partido Republicano que llevó a Lincoln al poder no fue el mismo, con la misma ideología y votantes, que el que aupó a Reagan. De la misma manera que el Partido Demócrata que se erigió en defensor de la esclavitud en la antesala de la guerra civil no tiene la misma ideología y votantes que aquel que alzó al primer presidente afroamericano. A lo largo de siglo y medio el Partido Demócrata y el Republicano se han enfrentado defendiendo distintas visiones de la política y apoyados por un electorado distinto. Y cada vez que se ha dado un cambio sustancial en la relación del partido con sus votantes (porque recibió grupos nuevos, o perdió algún grupo de votantes tradicional), así como cada vez que el partido realizaba un cambio en el programa político profundo, decimos que el sistema de partidos ha cambiado, y que su coalición de votantes se ha transformado, porque el partido, aunque se llame igual, ya no representa lo mismo ni a los mismos votantes.

EL COLAPSO DEL PARTIDO REPUBLICANO, COMO CON MUCHA PERSPICACIA SUPO VER WILLIAM SALETAN EN SLATE MAGAZINE, SE ASEMEEJA A UN ESTADO FALLIDO, Y TRUMP ES SU SEÑOR DE LA GUERRA

He hablado también sobre la coalición de votantes. Como el lector imaginará, en cada elección ambos partidos tienen que movilizar con un solo mensaje a perfiles de votantes muy diversos. De distinta raza, género, clase social, ideología, rural o urbano, distinta religión, y así un largo etc. Todo eso en un país donde las identidades grupales pesan mucho en la decisión del voto. Pero los

distintos grupos no votan al azar, sino que los partidos tienen la habilidad de generar un mensaje que unifica a varios grupos que se ven identificados simultáneamente con el mismo partido. A esto es a lo que se llama coalición de votantes. A un grupo heterogéneo de colectivos que son exitosamente articulados por un partido a través de una idea de sociedad compartida, aunque las reclamaciones concretas y las identidades difieran entre sí.

Esta misma idea es la que está detrás de la teoría moderna del populismo, cuando intelectuales como Ernesto Laclau o políticos como Íñigo Errejón hablan de “significante vacío”, una idea articuladora de demandas plurales de distintos colectivos que los unifica a pesar de sus diferencias en un mismo proyecto. En el fondo los populistas solamente han teorizado, a veces sin saberlo, sobre una realidad práctica de la política estadounidense. Esto además explica por qué la política norteamericana presenta simultáneamente un elevado grado de institucionalismo y de populismo.

Las coaliciones de votantes se rigen por una regla. El partido que consiga construir la coalición más variada, grande, ecléctica y fiel vencerá cuantas elecciones se le presenten. Así ocurrió durante el quinto sistema de partidos, cuando Franklin D. Roosevelt construyó la coalición del New Deal, que agrupaba a la mayoría de los trabajadores, hombres blancos conservadores del Sur y votantes católicos. Con esa coalición de votantes los demócratas gobernaron durante casi treinta años los Estados Unidos sin perder apenas ninguna elección presidencial contra los republicanos (con la excepción de Eisenhower), a la par que construyeron el consenso de postguerra y el American Way of Life sobre el que se asentaría el American Dream.

Ya hemos comentado antes que esa coalición se rompió cuando los demócratas perdieron el Sur por aceptar los derechos civiles y que el Partido Demócrata pasó de ser un partido de clase trabajadora blanca y católica a ser un partido que apuesta por unos Estados Unidos modernos e inclusivos. En la anterior sección presenté cuál ha sido la línea de fractura que ha dividido a demócratas y republicanos en el sexto sistema de partidos, en el que nos encontramos hasta estas elecciones.

Aquí hablo de su colapso, aunque no necesariamente de su desaparición o su sustitución por un séptimo sistema de partidos, aunque creo que existe una posibilidad de que esto pase, y, de ocurrir, sería el legado más duradero e influyente que Donald Trump podría crear.

La razón del colapso del sistema de partidos es que los dos grandes partidos han implosionado. Así como por encontrarnos ante una posible restructuración de las coaliciones de votantes demócrata y republicana. Analicemos primero el deterioro del Partido Republicano.

Puede resultar paradójico que hable de colapso del Partido Republicano cuando éste ha conseguido amasar un poder institucional en estas últimas elecciones con el que no contaba desde el año 1928. Pero el hecho de que un partido conserve un nombre no implica que siga siendo el mismo si el resto de condiciones ha cambiado.

LOS NEOCONSERVADORES, A PESAR DE QUE HAN QUEDADO EN NUESTRA MEMORIA COMO LA QUINTA ESENCIA DEL POLÍTICO REPUBLICANO, HAN SIDO UNA RAREZA EN LA HISTORIA DEL PARTIDO POR SU MILITARISMO Y EXCESIVO INTERÉS EN ASUNTOS INTERNACIONALES

Desde la dimisión de Nixon en 1974 y la retirada de Kissinger el Partido Republicano ha estado dominado por el mismo grupo de personas ininterrumpidamente hasta el final de la segunda Administración Bush en el año 2008. Me refiero a los neoconservadores o republicanos neocon. De entre los políticos neoconservadores las figuras más conocidas eran Dick Cheney, Donald Rumsfeld, George H. W. Bush, John Bolton y Paul Wolfowitz, por citar sólo a los más relevantes. Reagan tuvo algo de neoconservador, aunque era más neoliberal y coqueteó con el paleoconservadurismo. Y aunque tanto Gerald Ford como George W. Bush no eran

neoconservadores, los neocon fueron los detentadores reales y efectivos del poder durante sus mandatos, por lo que sus presidencias sí lo fueron (esto es especialmente cierto en el caso de George W. Bush).

Los neoconservadores, a pesar de que han quedado en nuestra memoria como la quintaesencia del político republicano, han sido una rareza en la historia del partido por un motivo: su militarismo y excesivo interés en asuntos internacionales. Los viejos republicanos tendían a abrazar más la otra línea tradicional de la política exterior, el aislacionismo, pues les permitía concentrarse en la vigilancia de los valores tradicionales y el orden en el interior del país, pilares fundamentales de su credo político, mientras que los demócratas suelen ser internacionalistas más destacados, obsesionados por cortar el mundo bajo su particular visión idealizada de América. El hecho de que muchos neoconservadores fueran demócratas, o incluso trotskistas, antes de convertirse en republicanos explica por qué generacionalmente aunaron ambas tendencias.

Pero en lo concerniente a la crisis del Partido Republicano, es importante recordar que, cuando a partir de 2004 las cosas comenzaron a torcerse en Irak, la popularidad de la segunda Administración Bush cayó en picado provocando una oleada de dimisiones. John Ashcroft y John Bolton en 2005, Donald Rumsfeld en 2006, Paul Wolfowitz en 2007. Y aquellas figuras fuertes que no dimitieron durante el segundo mandato, como Karl Rove, Dick Cheney o Condoleezza Rice, abandonaron la política tras la presidencia. Tan sólo quedó George H. W. Bush, como neoconservador fuerte en el partido, y ya era demasiado mayor para poder controlarlo y evitar el hundimiento.

El escenario que se dibujó tras la desaparición de los neoconservadores fue el de un partido con liderazgos frágiles y encontrados. Por un lado surgió una sucesión de líderes institucionales débiles, con un perfil moderado y fuertemente ligados al establishment de Washington DC. Los candidatos a la presidencia John McCain y Mitt Romney, o el expresidente de la Cámara de Representantes John Boehner fueron los principales candidatos del aparato republicano para cerrar la crisis en la que entró el partido durante la Era Obama. Junto a estos candidatos, y muy frecuentemente frente a ellos, apareció una tropa de demagogos de extrema derecha aupados por el Tea Party que contestaron continuamente a los sucesivos débiles líderes del establishment, forzando a los moderados a tener que acompañarse de los elementos cercanos al Tea Party para no perder a su voto más radical y movilizado.

A pesar de su popularidad entre la derecha más movilizada estos políticos anti-establishment no consiguieron imponerse a los débiles líderes moderados, principalmente por tres motivos: El primero fue que eran candidatos de minorías, y no de coaliciones de votantes. A estas alturas queda clara la importancia de saber conectar el discurso con grupos heterogéneos y masivos para triunfar en la política americana. Los políticos del Tea Party eran perfectamente capaces de convocar masivas manifestaciones, pero en el área institucional nunca consiguieron imponerse al aparato republicano porque sus seguidores ultramovilizados no eran suficientes para contrarrestar al resto de grupos que miraban con suspicacia a estos líderes populistas.

TRUMP ES AHORA PRESIDENTE DE LA PRIMERA POTENCIA MUNDIAL EN DECADENCIA, ¿EXPORTARÁ CON SU VICTORIA TAMBIÉN UNA NUEVA REVOLUCIÓN CONSERVADORA?

Por otra parte, el propio Tea Party estuvo siempre dividido entre dos almas complementarias a la hora de organizar la protesta y movilizar a las bases republicanas, pero con preocupaciones y programas políticos que si bien no eran incompatibles, no tenían demasiada relación entre sí más allá del enemigo común.

Anterior al Tea Party pero de gran importancia en su conformación como fenómeno de masas, la derecha cristiana evangélica de numerosas iglesias se presenta unificada a través de un mensaje ultraconservador sobre la supuesta pérdida de los valores cristianos por parte de América, y su

mayor foco de protesta residió en las llamadas luchas culturales: la restricción del aborto, la prohibición del matrimonio homosexual, la defensa de la familia tradicional, y toda reivindicación que preservase el núcleo de lo que ellos identificaban como "valores americanos". Sus principales líderes fueron Sarah Palin, Michele Bachmann, Newt Gingrich, Rick Santorum, Ben Carson y Ted Cruz.

Fundamental en la conformación del Tea Party, el ala libertaria de inspiración anarcocapitalista despliega la reivindicación de un Estado mínimo en todos los aspectos de la vida (el minarquismo). Su bestia negra era la política fiscal de Obama y su núcleo de valores giraba alrededor de una defensa a ultranza del individuo y sus derechos: derecho a las armas, defensa extrema de la libre empresa y el libre mercado, defensa de los servicios privados de educación y salud, y en general toda reivindicación que apoyase una independencia del individuo con respecto al Estado. El santo apóstol de este grupo era el veterano congresista Ron Paul, en cuya campaña por la nominación republicana a la presidencia tuvo origen el Tea Party en el año 2008, aunque los libertarios también encontraron otros paladines para su causa como Paul Ryan, Rand Paul o las ultraconservadoras Sarah Palin y Michele Bachmann, que aunque no son libertarias estrictas sí han asumido buena parte de su credo antiestatista.

De hecho, la única figura que ha podido aunar ambas familias, además del presentador radiofónico Rush Limbaugh, fue Sarah Palin. Quizás la única política del Tea Party con capacidad presidenciable. Sin embargo, una mezcla de fuerte rechazo de la élite republicana tradicional, junto a su incuestionable enriquecimiento personal por su actividad mediática tras haber sido candidata a vicepresidenta por McCain en las presidenciales de 2008 la disuadieron de continuar su carrera política, prefiriendo adoptar el papel de "suma pontífice" de los radicales en las hondas. Esta división interna del Tea Party fue otra de las razones que le impidieron cobrar fuerza para llevar a cabo su asalto a un Partido Republicano debilitado. Y aunque las dos familias encontraron en su lucha contra la reforma sanitaria de Obama, el Obamacare, una causa común, no consiguieron rentabilizar su alianza lo suficiente como para generar un líder competitivo, y esto se debe en parte a la otra debilidad de los políticos del Tea Party, que fue lo que yo llamo "la paradoja de los cruzados morales".

Sin importar a qué ala del Tea Party perteneciera, todo político republicano radical compartía un elemento discursivo común: su rechazo a lo que ellos identificaban como una élite política de Washington, corrupta y despilfarradora, los políticos de Washington, el establishment de ambos partidos. En contraste ellos se presentaban como políticos redentores cuyo principal mandato era limpiar la capital de corrupción y hacer que la voz y el cabreo de sus electores se oyera fuerte. Dichos políticos, si conseguían convencer a los electores de su circunscripción con este discurso, llegaban a una ciudad donde efectivamente es común el intercambio de favores entre políticos, así como entre los políticos y los representantes de los lobbies. Pues sin el apoyo de los compañeros y la financiación de los lobbies ningún político puede hacerse oír en el Congreso o en los medios de comunicación. De igual manera les es imposible sacar adelante la legislación necesaria para contentar a sus electores. Por lo que al final siempre acababa ocurriendo la paradoja de que si los representantes de protesta se mantenían puros en su rechazo a las reglas de juego, caían en la irrelevancia, pues en un sistema donde la corrupción es estructural ni se les escuchaba, ni podían presentar resultados concretos y palpables a sus electores. Pero si se "ensuciaban" pactando con otros políticos más poderosos o con los lobbies, entonces eran tachados de traidores por sus electores y veían retirada su confianza en la renovación del mandato. De esta manera, el discurso de cruzada moral y política encerró a los políticos del Tea Party en una paradoja irresoluble que fue acabando con la carrera política de muchos de ellos.

Y de esta manera se acabó consumando el colapso del Partido Republicano. Desaparecida la generación neoconservadora que lo había gobernado por tres décadas, con unos líderes moderados débiles y desacreditados, y unos candidatos radicales divididos, incapaces de generar coaliciones de votantes y de lidiar con sus contradicciones, el partido navegó durante una década

a la deriva, descartado como partido de gobierno y transformado en partido de protesta. Ganador de todas las elecciones legislativas y perdedor de todas las presidenciales, fue incapaz de traducir su resistencia en el poder legislativo en poder político real.

Esta situación allanó el camino a que un liderazgo fuerte y ajeno al partido pudiera conquistar la organización superando las resistencias y lógicas inmunitarias del poder orgánico. Esta es también una de las razones que explican por qué Trump fue capaz de conquistar el Partido Republicano mientras que Bernie Sanders acabó siendo derrotado por la maquinaria institucional del Partido Demócrata, a pesar de tratarse de un líder de masas mucho más capacitado que Hillary Clinton. El Partido Demócrata, aunque iba a sufrir una crisis de legitimidad y posterior colapso de igual naturaleza que el Partido Republicano, aún conservaba en funcionamiento a su élite partidista, y, con ello, los mecanismos inmunitarios para poder manipular el procedimiento democrático a favor de su candidata. Pero el colapso del Partido Demócrata requiere de un análisis pormenorizado que realizaré cuando analice la figura de Clinton y las razones de su derrota.

El colapso del Partido Republicano, como con mucha perspicacia supo ver William Saletan en Slate Magazine, se asemeja a un Estado fallido, y Trump es su señor de la guerra. Los Estados fallidos son aquellos en donde la autoridad central y legítima es incapaz de asegurar la integridad y bienestar de sus ciudadanos, así como el cumplimiento de la ley y de las prerrogativas gubernamentales. Un Estado que no puede comportarse como tal, y que por tanto ve aparecer en su seno una multitud de poderes menores oportunistas que arrebatan trozos de poder al Estado, gobernándolos como sus reinos de taifas. Lo habitual en estas situaciones es que el Estado desaparezca dando lugar a nuevas realidades políticas (como ocurrió en los Balcanes), que el poder central acabe por retomar el control con el tiempo (caso de Colombia), o que uno de los sujetos oportunistas acabe avasallando a los demás y tome el poder central para sí (como hizo Putin en Rusia). Este es el caso también de Trump con el Partido Republicano (quizás por eso él y Putin se entienden tan bien) y lo habitual cuando un señor de la guerra toma un Estado es que repueble el gobierno con sus vasallos leales y adeptos.

Richard B. Spencer, el brillante y peligroso líder intelectual de la facción Radix de la Alt Right, la nueva extrema derecha americana, comparó a Trump con la figura de Napoleón. Napoleón tomó oportunistamente el poder cuando los elementos en conflicto de la Revolución Francesa se destruyeron entre sí, corporeizando en su figura una visión autoritaria de la revolución. Trump se alza de las cenizas del Partido Republicano para corporeizar una visión más autoritaria del American Way & Dream cuando este parece herido de muerte. Napoleón con sus conquistas exportó el modelo de la Revolución Francesa por toda Europa. Donald J. Trump es ahora presidente de la primera potencia mundial en decadencia, ¿exportará con su victoria también una nueva revolución conservadora?

Marcos Reguera. Investigador en la Universidad del País Vasco.
AUTOR

PAPER II

Donald Trump, la imagen genuina del ‘American Dream’

El nuevo presidente norteamericano es un fenómeno de consumo de la cultura popular. Tras la derrota de Clinton, sólo Bernie Sanders y Our Revolution pueden rivalizar con él

MARCOS REGUERA



Cartel promocional de Trump del pasado 10 de enero.
INSTAGRAM DE DONALD TRUMP

Este artículo forma parte de una serie de tres análisis que desgranarán distintos aspectos de la América de Trump, las elecciones, y la futura presidencia. El objetivo es ofrecer herramientas y claves de comprensión para que las lectoras y lectores puedan interpretar las numerosas noticias que se seguirán sucediendo sobre el próximo inquilino de la Casa Blanca.

La serie se inició con El derrumbe del sistema americano y la victoria de Trump, un artículo en el que se intentaba ofrecer una explicación de conjunto de las causas históricas, culturales y políticas que prepararon el terreno para la victoria del magnate neoyorquino.

En este segundo capítulo, Donald Trump, la imagen genuina del American Dream, se analizan las claves de la elección presidencial y del vuelco electoral que llevo a la Casa Blanca al candidato republicano.

“Make America Great Again”: un presidente para recuperar el American Way & Dream

Una de las cuestiones que más ha llamado la atención fuera de los Estados Unidos es que Trump haya conseguido vencer la contienda electoral con un discurso antisistema y anti-establishment cuando él puede ser fácilmente identificado como uno de sus más genuinos representantes.

Sin lugar a dudas, de entre todos los demagogos que la política norteamericana ha visto desfilar en la última década (y con el Tea Party han sido legión), Donald Trump es el amo y señor indiscutible. Sin embargo, haríamos un mal análisis si pensáramos que estas elecciones son la historia de un gran embaucador, un flautista de Hamelin que, apelando a las bajas pasiones de un grupo de electores hooligans, ha conquistado la Casa Blanca. Esta ha sido la historia que ha recogido la mayor parte de la prensa internacional y de la prensa liberal americana (la progresista). Por contra, se trata de una visión elitista que en el fondo piensa en los electores como unos imbéciles, o como si fueran menores de edad en el mejor de los casos, a los que no se les puede dejar que tomen decisiones sobre asuntos de Estado porque se dejan engañar por charlatanes.

HARÍAMOS UN MAL ANÁLISIS SI PENSÁRAMOS QUE ESTAS ELECCIONES SON LA HISTORIA DE UN GRAN EMBAUCADOR QUE, APELANDO A LAS BAJAS PASIONES DE UN GRUPO DE 'HOOLIGANS', HA CONQUISTADO LA CASA BLANCA

Pero si por un momento analizamos a Trump por lo que simboliza, y no por sus salidas de tono discursivas, nos encontraremos con una visión muy reveladora sobre las razones por las que Trump esquivó en todo momento la terrorífica etiqueta de ser parte del establishment, aunque lo sea de pleno derecho por razones objetivas y subjetivas.

Un elemento recurrente durante todo el proceso de primarias republicanas y durante la campaña presidencial fue que la prensa anunciase la defunción de la candidatura de Trump a cada revés que éste sufría, con cada declaración polémica o escándalo que protagonizara el multimillonario. La situación era como vivir en un Domingo de Resurrección permanente, con un ave fénix resurgiendo constantemente de sus cenizas.

Y esto nos lleva a una de las preguntas más interesantes sobre la candidatura de Trump, y que sólo se puede responder acudiendo a la cultura política norteamericana, y no a la sabiduría convencional sobre discursos políticos e imagen pública que politólogos y periodistas han estado cultivando desde que la política de élites se convirtiera en política de masas, y esta última a su vez en espectáculo político.

¿Por qué Donald Trump resultó inmune a sus escándalos y otros políticos, como Hillary Clinton, se hundían con la más leve insinuación sobre su vida o la de cualquiera de sus colaboradores? Donald Trump fue invulnerable porque no es la imagen de un político o empresario convencional, sino la imagen genuina del éxito bajo el American Dream.

Comencé esta serie definiendo lo que era el American Way & Dream porque estas ideas son fundamentales para entender la narrativa vital de los americanos. Y lo más importante, expliqué cómo a través de las políticas económicas del último cuarto de siglo desaparecieron las condiciones para que el American Way & Dream fuera factible, dentro de un relativo grado de espejismo y mito social.

Por otra parte, el lector recordará que a consecuencia de la globalización se realizó un reajuste en virtud del cual la población pasó de estratificarse dentro de una escala económica predominantemente nacional a una nacional internacionalizada, y que el encaje de los distintos sectores sociales por sus condiciones laborales y por su actividad productiva había redibujado la capacidad de la población para llevar a cabo su perspectiva vital, quedando unos integrados en la nueva realidad económica, y otros dislocados, viendo sus condiciones vitales deteriorarse a pesar de que en términos macroeconómicos hubiera crecimiento.

Esta situación globalizada presenta un gran contraste con la vida del periodo de postguerra en donde surgió el American Way & Dream. Pero esta ha sido una transformación silenciosa propia de todo cambio que es histórico. Las condiciones estructurantes que definen la vida de la gente se camuflan entre las modas pasajeras. Los ritmos de vida rutinarios proveen de una sensación de recurrencia y repetición que desdibuja los grandes cambios que suceden alrededor, y al final, los individuos y colectivos surgidos en una época concreta van quedando desactualizados, ajenos a la nueva realidad, y crecientemente conservadores ante un nuevo mundo cuyas claves no controlan del todo, pero que en apariencia no resulta tan distinto al antiguo. Entonces surge el malestar.

Cambia el modo de vida, pero no el discurso, las representaciones y las expectativas con respecto al antiguo mundo, y de este fenómeno surge una de las corrientes de la dislocación.

CON REDES DE SOLIDARIDAD SOCIAL DÉBILES Y GARANTÍAS INSTITUCIONALES PARA UNA VIDA DIGNA CASI INEXISTENTES, QUEDAR EXPULSADO DEL CIRCUITO LABORAL, O VIVIR BAJO SU AMENAZA, SUPONE UNA CONDENA A LA EXCLUSIÓN

La otra, que es específica a nuestro momento histórico, surge como resultado de nuestra sociedad de consumo, donde la expulsión de grandes masas de población de dicho circuito de consumo supone la muerte social, incluso física. Un mundo donde las perspectivas vitales se circunscriben a países concretos, pero en donde las condiciones de trabajo escapan de los límites fronterizos. E incluso cuando el trabajo queda asegurado dentro de las fronteras, cualquier perturbación económica global puede transformar las condiciones económicas y laborales. Con ello podemos tomar conciencia de que el problema de nuestra situación no era que estuviéramos encadenados al consumo, como se expuso en muchas críticas de las últimas dos décadas, sino que estamos encadenados al trabajo, y que tenemos muy poco control sobre este, sobre sus condiciones, sobre la creación del mismo; nuestra incapacidad de vivir al margen del trabajo nos vuelve esclavos del proceso laboral y, a través de él, del sistema económico capitalista en su conjunto.

Dicho de otra manera, como nuestra supervivencia depende del consumo, y para consumir necesitamos salarios, y para tener salarios, trabajar, pero el hecho de que existan trabajos y sus condiciones ya no depende tanto del ámbito nacional, el único sobre el que tenemos algo de control por medio de la política, entonces sentimos que perdemos el control sobre la capacidad de asegurar nuestras condiciones vitales. Y entonces surge el malestar.

Esto es igual de cierto tanto en países con un Estado del bienestar, como lo es en los Estados Unidos bajo el American Way & Dream. En Europa, un maltrecho Estado del bienestar herido por décadas de recortes puede atenuar algunos de los síntomas de estas dislocaciones. Pero en los Estados Unidos, donde las redes de solidaridad social son débiles y las garantías institucionales para una vida digna son casi inexistentes, el hecho de quedar expulsado o vivir bajo la amenaza de la expulsión del circuito laboral supone una condena social, a la pobreza y a la exclusión. Por

eso la desaparición del American Way & Dream genera altas dosis de ansiedad que empujan a la población a buscar soluciones desesperadas por muy inverosímiles que parezcan.

Ante esta situación, durante las primarias y la posterior campaña se presentaron tres posiciones. La primera, representada por Clinton, negaba que existiera ningún problema de fondo, y defendía que el país, de la mano del presidente Obama, a la de la candidata Clinton, se encaminaba en un proceso de lento progreso hacia mayores cuotas de integración, igualdad y bienestar.

Frente a este discurso continuista y complaciente con el statu quo, se presentaron dos discursos coincidentes en apariencia pero diametralmente opuestos en su fondo.

El discurso de Bernie Sanders propuso enmendar la tradición del American Way mediante un nuevo contrato social para América, basado en la solidaridad social a través de la construcción de un Estado del bienestar y de la apuesta por continuar por el camino de la integración de las minorías al proyecto nacional, pero no a través de políticas de discriminación positiva, sino mitigando la desigualdad económica con programas sociales atendiendo a la renta (e incluyendo así a los blancos pobres también) y no por el hecho racial exclusivo, haciendo que la relación racial en los Estados Unidos transitase de la culpa y el odio a la solidaridad.

LA CAMPAÑA DE CLINTON NEGABA QUE EXISTIERA NINGÚN PROBLEMA DE FONDO Y DEFENDÍA QUE EL PAÍS CAMINABA, DE MANO DE LOS DEMÓCRATAS, HACIA MAYORES CUOTAS DE INTEGRACIÓN, IGUALDAD Y BIENESTAR

El relato de Donald Trump, por el contrario, se reclamaba restaurador del American Way & Dream, y ahí residió la clave de su éxito. No negaba que hubiera un problema con el modo de vida y el sueño americano, como hacía Clinton, ni abogaba por reformarlo, como proponía Sanders, sino que planteaba recuperarlo como había sido en su época dorada en la América de posguerra. Hacer América grande de nuevo implica un recurso al pasado. La evocación de una grandeza perdida, de una sociedad industrial y de consumo, donde no había inseguridad económica ni delictiva porque reinaba el orden. El eslogan podría haber sido “recuperemos la América de siempre”, y habría funcionado igual. En el fondo el punto más revolucionario de la campaña de Trump no residía en sus ataques específicos contra las distintas minorías, por muy despreciable que resulte dicho recurso para la convivencia social y la dignidad de los colectivos. La mayor revolución de la campaña de Trump ha sido la impugnación de los avances modernizadores de los últimos cincuenta años, y ese hecho es mucho más agresivo con las minorías que cualquier insulto o bravuconada que Trump pudo usar durante la campaña.

Ambos, Sanders y Trump, competían entre sí por atraer el voto de los elementos dislocados de la sociedad, y hay que entender que el hecho de la dislocación no determina el voto hacia una opción rupturista progresista, o hacia una rupturista reaccionaria, sino que lo encamina tendencialmente hacia el voto protesta o la abstención por desencanto, pero sin determinar su signo.

Así, el voto de los dislocados se vuelve determinante para ganar las elecciones. Porque es un voto que atraviesa las distintas clases sociales, pero que se concentra en la clase trabajadora, una clase que especialmente en los Estados Unidos puede decantarse tanto a la izquierda como a la derecha. A la izquierda por su tradición sindicalista y de solidaridad obrera. A la derecha por su extendido catolicismo y fuerte vinculación a la imagen del American Dream, una sociedad de orden donde el trabajo es el vehículo al éxito, y como su mundo es un mundo que gira alrededor del trabajo, esto les condiciona a ser más permeables al discurso del American Dream. Los jóvenes, el otro gran sector de este grupo dislocado, encuentran que su conflicto, al igual que la clase trabajadora, es su relación con el trabajo. Pero en su caso, por su incapacidad de insertarse en el mercado laboral, o por hacerlo en condiciones muy inferiores a su preparación y extracción social de origen, les enajena del principal elemento discursivo e identitario del American Way &

Dream. Así como desde la certeza de que su vida no será la historia de una progresión social por medio del éxito laboral.

HACER AMÉRICA GRANDE DE NUEVO IMPLICA UN RECURSO AL PASADO. LA EVOCACIÓN DE UNA GRANDEZA PERDIDA, DE UNA SOCIEDAD INDUSTRIAL Y DE CONSUMO, DONDE NO HABÍA INSEGURIDAD

Por lo tanto, jóvenes y obreros partían desde una predisposición distinta a acoger a uno u otro candidato, y con muy poca predisposición a identificarse con el discurso de Clinton. Desarrollaré algo más este punto en la siguiente sección explicando cómo el Partido Demócrata perdió el voto obrero. Por el momento es suficiente saber que, de entre los dislocados con la globalización, los trabajadores blancos eran los más proclives a escuchar el discurso de Trump, porque es el discurso de una época dorada perdida donde, si bien ellos no eran la cumbre de la sociedad, al menos vivían bajo la promesa de que con su trabajo y esfuerzo algún día podrían llegar a serlo. Este mito de la promesa del American Dream es uno de los elementos más movilizadores de las energías sociales en los Estados Unidos, y el más desmovilizador en términos de solidaridad por el cambio político y social.

Y en el momento en el que las promesas del American Dream parecen más difíciles de cumplirse por la desaparición del American Way, aparece un personaje que encarna la imagen del triunfo americano con todo su esplendor y exceso.

Califico a Trump de personaje no porque pretenda descalificarlo, sino por su condición pública en la cultura americana. Trump no es sólo una persona de carne y hueso, es un fenómeno de consumo de la cultura popular. Un personaje televisivo hecho carne que aparece para resolver los problemas del americano medio que lleva décadas familiarizándose con él a través de la televisión. Y es que si en Europa el nombre de Trump es relativamente nuevo, o sinónimo vagamente conocido de millonario, en los Estados Unidos no hay apenas un americano que no conozca a Trump y sus excentricidades.

Durante treinta y dos años Donald Trump ha protagonizado cameos en un total de doce películas y catorce series de televisión. Que el formato de aparición sea casi siempre el cameo es un dato relevante, ya que subraya la voluntad de escenificar al personaje construido alrededor de su figura. Un personaje que no sólo ha aparecido en piezas de ficción televisiva, sino que ha sido omnipresente en entrevistas, debates e informativos, sin olvidar su propio programa de radio, *Trumped!*. A esto hay que añadir la transformación de su apellido y efigie en una marca de consumo. Además de las ya conocidas torres Trump, en el sector inmobiliario, que supone uno de sus principales activos, podemos encontrar hoteles, campos de golf y complejos residenciales con su nombre. Pero la cosa no queda ahí, entre la línea de productos Trump podemos encontrar comestibles, bebidas alcohólicas, perfumes, una universidad y hasta un juego de mesa con el que emular las aventuras inmobiliarias del multimillonario.

Pero si hay que destacar dos indiscutibles éxitos de Trump en la industria cultural estos son, primero, su programa de televisión *The Apprentice*, que se mantuvo en el aire diez temporadas, llegando a ser durante su primer año (2004) el séptimo programa de televisión más seguido con una media de 24 millones de telespectadores. Y en segundo lugar su libro *The art of deal* (1987), escrito en colaboración con el periodista Tony Schwartz, un libro mitad memorias, mitad libro de autoayuda financiera, del que se estima que se han vendido un millón de copias. A lo que se añade una lista de diecinueve títulos más escritos por él o en colaboración con otros periodistas, tratando todos de sus perspectivas financieras y políticas.

Y finalmente, aunque no por ello menos importante, Donald Trump ha sido junto a sus tres mujeres/exmujeres, centro constante de atención por parte de los medios del corazón, que llegan a un público que generalmente no está en contacto con las noticias políticas. Además “ha dirigido”

agencias de modelos, de televisión, eventos deportivos, incluidos espectáculos de lucha libre de los que se declara fan. Una de sus apariciones estelares fue durante una apuesta con el multimillonario Vince McMahon en la llamada The Billionaires Battle, en donde no sólo enfrentaron a sus paladines de la lucha libre, sino que Trump se abalanzó sobre el otro multimillonario para partirle la cara en directo, y finalmente humillarle rapándole el pelo.

Imagínense la escena, y luego piensen en Hillary Clinton ofreciendo decenas de charlas remuneradas a todos los consejos de administración de Wall Street. Durante décadas Trump se dedicó a aparecer en los medios y situaciones que conectaban con la cultura popular estadounidense, mientras que Clinton se movió por los círculos más elitistas de la nación. El propio Trump en una entrevista realizada a finales de los años ochenta en la CNN reconocía que tenía mejor reputación entre los taxistas y trabajadores de Nueva York que entre sus colegas millonarios. En una entrevista realizada por Álvaro Guzmán para CTXT días antes de las elecciones en Pensilvania una mujer de mediana edad se refería a Trump como “a blue collar billionaire”, que se podría traducir como “un multimillonario de clase obrera”, lo que en términos estrictos es un contrasentido, pero en términos simbólicos apunta a una idea capital para entender la identificación de muchos americanos con Trump. Trump es un hombre del pueblo, de su cultura, que además es rico y un hombre de éxito. Es el cumplimiento del sueño americano. Y esa clave basta para que un hombre que posee más de tres mil millones y medio de dólares que su rival, Hillary Clinton, cuyo patrimonio se estima en treinta y un millones, consiga que muchos votantes identifiquen a Hillary Clinton con el establishment antes que a él.

Este hecho, además, es una de las razones por las que a Trump no le pasaron factura las innumerables salidas de tono que protagonizó durante la campaña. Al igual que Paris Hilton, Trump pertenece a un estilo de millonario showman y exhibicionista cuyas transgresiones no son motivo de reprobación real de la población. El americano medio les criticará en público, pero la admiración que despiertan entre grandes sectores de la población es mucho mayor. Esto es así porque su riqueza sirve para asegurarles la impunidad de la reprobación moral. La sociedad americana, en comparación con las europeas se encuentra imbuida de una salvaje represión moral de corte comunitario, que censura todo lo que escape a lo convencional. Y en este contexto, una de las mayores promesas del American Dream es que a través de la riqueza puedes escapar del juicio social y ganar la impunidad para ser quien tú realmente quieras. Por este motivo las provocaciones, la ostentación y los excesos de estos millonarios hacen que sean admirados como el cumplimiento de la promesa más profunda del sueño americano.

Hay otro aspecto de la retórica de Trump que conecta con esta idea. La idea de que él es un ganador y que eso le cualifica para ser un líder. Existe todo un discurso sobre la virilidad, la fuerza y el éxito que forma parte del imaginario del American Way & Dream, que divide el mundo entre “winners” y “losers”, y donde los ganadores cuentan con la patente de corso para hacer lo que quieran, porque en el fondo se lo han ganado. Donald Trump siente una necesidad compulsiva de hablar de sí mismo, y además en términos de ganador, posiblemente el término autodefinitorio que más utiliza. Y este recurso egocéntrico no causa rechazo entre buena parte del electorado americano. Primero porque es lo que se espera de un genuino ganador, y en segundo lugar porque eso les transmite esperanza. Muchos americanos conciben sus problemas en términos de “losers”, y el hecho de tener a un ganador de candidato les genera la ilusión de que con su ayuda podrán dejar de ser perdedores. Esta mentalidad es el precio más crudo de la cultura individualista americana.

AL IGUAL QUE PARIS HILTON, TRUMP PERTENECE A UN ESTILO DE MILLONARIO CUYAS TRANSGRESIONES NO SON MOTIVO DE REPROBACIÓN REAL DE LA POBLACIÓN

Sobre esta base discursiva del American Dream, y a través de utilizar su carisma para convertirse en un símbolo, Trump puso los cimientos para su victoria. El resto lo fue construyendo con una

campana que supo inspirarse en las dos victorias más genuinas del Partido Republicano. Las dos más anómalas de la trayectoria de dicho partido.

No es ningún secreto que la campana de Trump tomó inspiración en las campanas de Nixon de 1968 y de 1972, en las que arrebató a los demócratas primero el norte industrial, y luego el sur blanco en lo que se conoció como la Southern Strategy (iniciada en realidad por Barry Goldwater, el padre de todos los ultraconservadores americanos). La Southern Strategy vinculó a los afroamericanos con el crimen, y al Partido Republicano como el partido del orden y de la mano dura frente a unos demócratas hippies y licenciosos. Trump realizó su Great Lakes Strategy en los mismos términos, añadiendo a los latinos a la lista de criminales. Nixon conquistó el sur de por vida para el Partido Republicano. El reto de Trump es hacer lo mismo con los Grandes Lagos y está por ver su suerte, aunque no cabe duda de que si consigue transformar su ajustada victoria en esa región en una reconfiguración de la coalición de votantes republicana, el partido será imbatible durante décadas.

No resulta sencillo visualizar cuánto hay de estructural y cuánto de ira pasajero en el cambio de voto de la clase trabajadora de los Grandes Lagos. Ronald Reagan, la segunda fuente de inspiración de Trump, fue pionero en la estrategia de arrebatar el voto obrero a los demócratas, a niveles más profundos que lo que inició Nixon. Pero las políticas neoliberales de su década devolvieron el voto trabajador al Partido Demócrata con Bill Clinton.

Reagan y Trump son figuras fuertemente conectadas en un sentido simbólico y de liderazgo. Ambos son carismáticos exdemócratas y outsiders en su nuevo partido con un mensaje revolucionario para América, el de una revolución conservadora. Trump ha tomado de Reagan hasta el lema de su campana, pues el famoso "Make America Great Again" es una copia descarada del lema de campana de Reagan del año 1980 ("Let's make America great again"); ironía de la vida, Bill Clinton también lo utilizó en el año 1992.

El carácter iconoclasta que Trump comparte con Reagan es mucho más acentuado en el primero. De hecho, Trump ha llegado a pertenecer a tres partidos a los que ha abandonado y vuelto de manera constante: Demócrata (desde su juventud hasta 1987, volviendo en 2001-2009), Republicano (1987-1999, 2009 al presente) y reformista (1999-2000). Merece una mención, aunque no pueda tratarlo con exhaustividad, el apoyo de Trump al Partido de la Reforma del millonario populista tejano Ross Perot por dos razones. En primer lugar, porque hay mucho del estilo, la retórica y el espíritu de la política de Trump que están inspirados en Ross Perot. En segundo lugar, porque este no es el primer intento de Trump por alcanzar la presidencia. En las elecciones del año 2000, en las que George W. Bush se enfrentó a Al Gore, Trump exploró la posibilidad de concurrir por el Partido de la Reforma, incluso comenzó unas primarias. Pero al ver que competía con candidatos cuyo perfil abarcaba desde un casi nazi a un casi comunista, no confió en la consistencia del partido y se retiró.

REAGAN PLANTEO SU REVOLUCIÓN CONSERVADORA CON UN CAPITALISMO GLOBAL EN PLENO AUGE Y TRUMP LA SUYA CON UN CAPITALISMO GLOBAL FRACTURADO

Esta experiencia sin embargo es importante porque ya en ese momento Trump expuso la mayor parte del que sería su programa político para la campana presidencial de 2016. En el año 2000 Trump propuso: revisar los acuerdos de libre comercio con China y el NAFTA; endurecer la política fronteriza, endurecimiento del control de la financiación de los políticos por los donantes y lucha contra la corrupción en Washington; reforma de la ley de sanidad del momento y creación de un programa de lotería específico para financiar la lucha antiterrorista (antes del 11-S). Esto muestra que Trump es más coherente de lo que se le suele reconocer en los medios de comunicación, aunque abre la discusión a dos interesantes preguntas.

- 1) ¿Por qué Trump con un mismo programa ha podido conquistar el Partido Republicano y la presidencia, pero década y media antes no atraía a más del 7% del electorado?
- 2) ¿Cómo hubieran sido unos Estados Unidos gobernados por Trump durante el 11-S y posteriormente?

La segunda pregunta es sólo un contrafáctico de política ficción interesante para plantearse pero sin demasiada relevancia. La primera, por el contrario, sí resulta relevante porque nos pone sobre la pista de que la victoria de Trump no era inevitable. Sobre todo si tenemos en cuenta que en el año 2000 existía una derechización de la sociedad lo suficientemente marcada como para que, a pesar de las trampas, existiera la legitimidad conservadora para que fuera elegido Bush y nadie intentase impugnar el resultado.

Y es que en aquel momento ambos partidos se encontraban en la cúspide de su poder, las contradicciones con su sistema de votantes aún no habían estallado, y la etapa de crecimiento enmascaraba las enormes contradicciones que se estaban gestando en ese momento álgido de la globalización. Sin crisis económica, crisis política, y, lo que es más importante, sin el fracaso de la política institucional para resolver la crisis económica desde una perspectiva social, un candidato como Donald Trump no tenía nada que hacer.

LA DEMONIZACIÓN DE LA CLASE OBRERA ES OTRA FORMA DE REFORZAR SU EXCLUSIÓN. Y A LA LARGA PROVOCA UNA PÉRDIDA DE IDENTIFICACIÓN ENTRE ESTA Y LA IZQUIERDA

Eso es lo que distingue a Trump de Reagan como candidatos de una revolución conservadora. Que Reagan plantea su revolución en el contexto de un capitalismo global en pleno auge (aunque el país atravesase una crisis económica local) y Trump la suya con un capitalismo global fracturado y unos Estados Unidos en el inicio de su decadencia. Pero a pesar de esta diferencia del momento histórico, sus victorias están cimentadas en que supieron captar la ansiedad de la población por escuchar un nuevo mensaje económico contrario al establecido. Y ambos derrotaron a un demócrata moderado fuertemente deslegitimado.

Esto me lleva a considerar la figura de la exrepublicana Hillary Clinton y la debacle demócrata que ella, su equipo, y el comité nacional demócrata perpetraron.

La dejación de funciones de los liberales y del Partido Demócrata

El mundo anglosajón fue pionero en el establecimiento de la izquierda socioliberal por parte y en contra de la antigua socialdemocracia (estableciendo con ello la conocida como tercera vía) y ha sido también pionero en su crítica.

Una de sus líneas de revisión más importante ha sido la representada por autores que desde la crítica cultural han vuelto a la identidad de clases. Owen Jones en Reino Unido, o Thomas Frank y Arlie Russell en los Estados Unidos son buenos ejemplos de esta corriente.

Owen Jones comentó durante una entrevista que la inspiración para su libro *Chavs*: la demonización de la clase obrera le surgió tras una cena que compartió con distintas personas de izquierdas. Durante la cena identificó todo un discurso de superioridad cultural por parte de dichas personas comprometidas con los desfavorecidos, que sin embargo se reían y ridiculizaban sus costumbres, argot, y en general toda su estética y referentes. Lo que subyacía en el discurso de esta gente progresista era todo un discurso e imaginario clasistas más propios de la derecha. Esto llevó a Owen Jones a escribir su libro como una llamada general de atención para la sociedad en su conjunto y la izquierda en particular:

La ridiculización y demonización de la clase obrera y los desfavorecidos es otra forma de reforzar su exclusión. Y a la larga provoca una pérdida de identificación entre las clases populares y la izquierda, así como aumenta la brecha que existe entre los desfavorecidos y los referentes progresistas, sus partidos, medios de comunicación y símbolos culturales; y todo esto abona el terreno para que la nueva extrema derecha ocupe el vacío referencial dejado por los progresistas. Tres años antes de que Owen Jones saltase a la fama con su popular llamada de atención, en los Estados Unidos Thomas Frank publicaba su libro *¿Qué pasa con Kansas?: Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de Estados Unidos*. Aunque el libro no ha tenido el mismo impacto en Europa que el éxito despertado por la obra de Jones, se trata sin duda de una obra de referencia complementaria a la del británico y de rabiosa actualidad. De hecho, pocos libros explican mejor la llegada a la Casa Blanca de Trump que esta obra de 2004 escrita tras las elecciones presidenciales en las que John Kerry perdió contra Bush a pesar de la Guerra de Irak, y que intentó servir de advertencia a los demócratas y progresistas americanos para que no se durmieran en la complacencia. Huelga decir al calor de lo ocurrido que pocos se dieron por aludidos con la premonitoria advertencia.

PARA LOS BLANCOS CONSERVADORES, LA VIDA ES UNA COLA QUE UNO GUARDA ESPERANDO SU LLEGADA AL ÉXITO, PERO HA EMPEZADO A COLARSE GENTE MEDIANTE LAS POLÍTICAS DE DISCRIMINACIÓN POSITIVA

Cuando Thomas Frank volvió a su estado natal, Kansas, encontró con sorpresa que uno de los estados que históricamente había apoyado el populismo de izquierdas se encontraba a la vanguardia del discurso más reaccionario. Tras una rigurosa investigación halló que una gran cantidad de trabajadores que en el pasado se habían identificado con un discurso económico progresista no encontraban ningún referente para sus problemas en una izquierda que ya sólo hablaba de los problemas de las minorías raciales, el cambio climático y la exclusión de las mujeres. Todo ello en estados racialmente homogéneos y en decadencia económica desde hacía lustros. El hallazgo de la desconexión de la clase trabajadora y el Partido Demócrata, que los liberales estadounidenses han descubierto a principios de noviembre, fue anunciado hace ya doce años con todas sus características por Thomas Frank. Durante la campaña de 2016 Thomas Frank ya anunció que Hillary Clinton era la candidata menos competitiva que los demócratas podían nominar, así como denunció la transformación del Partido Demócrata en un partido de clase, pero no de clase trabajadora, sino de clase profesional (liberal). Representante de personas de clase media alta de las costas, con un discurso y prioridades totalmente desconectados de los problemas de la gente humilde y trabajadora.

Uno de estos exponentes de la clase profesional liberal, la socióloga y antropóloga Arlie Russell, se desmarcó de la complacencia generalizada entre sus pares llegando a la conclusión que desde la ciudad de Berkeley (California), uno de los grandes exponentes de la América cosmopolita y moderna, no tenía herramientas para entender lo que estaba pasando en su país. Arlie Russell no se conformó con constatar el *road to desunion*, el divorcio entre las dos Américas del que hablé anteriormente, y durante cinco años se sumergió en una de las zonas más ultraconservadora del estado de Louisiana (y en general de los Estados Unidos), para entender los motivos de la desunión en el contacto con la gente.

Lo que encontró allí sirvió para escribir su libro *Strangers in their Own Land: Anger and Mourning on the American Right* (Extranjeros en su propia tierra: ira y luto en la derecha americana), y este libro, que complementa los dos anteriores, cuenta una de las grandes paradojas de las políticas demócratas de los últimos cincuenta años. Louisiana es el estado que más ayudas federales recibe. Estas representan cerca del 44% de su PIB. Y sin embargo es el estado que presenta un mayor rechazo hacia el gobierno federal y mayor simpatía hacia el Tea Party. Y esto llevó a Arlie Russell a preguntarse cómo era posible que los mayores beneficiarios en términos relativos de la política de redistribución pública del presupuesto federal pudieran ser al mismo tiempo tan beligerantes con este.

Tras numerosas reuniones y entrevistas Arlie Russell encontró lo que ella denominó la “historia profunda” de estos colectivos. Ella definió esta idea como la historia de la vida tal y como la gente la siente, desprovista de juicios morales y de hechos. Inspirado por esta idea he intentado plantear en esta serie una visión combinada de la historia profunda de los americanos en general conectada con las causas históricas, sociológicas y económicas para explicar la llegada de Trump al poder, por eso mi insistencia en la centralidad del American Way & Dream.

LA COMPLACENCIA DEMÓCRATA CON RESPECTO A LA FORTALEZA DE SU COALICIÓN DE VOTANTES RESULTÓ LETAL. OLVIDÓ LA REGLA DE ORO DE QUE SI NO SE LA CUIDA, SE DESHACE

Pero volviendo al trabajo de Arlie Russell, lo que ella encontró como historia profunda de los blancos conservadores podría resumirse en la metáfora de la vida como una cola que uno guarda esperando su llegada al éxito. Pero en esa línea ha empezado a colarse gente por medio de las políticas de discriminación positiva para los afroamericanos, emigrantes, mujeres y minorías en general. Con cada nuevo grupo que se cuele la gente trabajadora y honrada debe dar un paso atrás alejándose más del éxito. Se trata de una traición a los valores más fundamentales del American Way & Dream, y por lo tanto una traición al contrato social. Estos blancos humildes sienten que están siendo subsidiados, pero que no se les provee de las condiciones para alcanzar por sí mismos las condiciones de vida que les gustaría tener. Esto les lleva a desarrollar una animadversión por el Estado, que debería guardar el orden en la cola y hacer cumplir las reglas de juego, y que no sólo no lo hace sino que cuele a otros al margen del mérito, para luego compensar al resto con migajas.

No importa lo ajustado a la realidad de este relato de vida. Lo importante es que condiciona la conciencia de una gran parte de individuos para los que la frase “Make America great again” significa devolver el orden a la cola, y por lo tanto restaurar la justicia social. Curiosamente Arlie Russell encontró también que existía una muy buena predisposición de estos votantes hacia Bernie Sanders y su mensaje

Su programa de un salario mínimo federal, la reforma del sistema impositivo para hacerlo progresivo, endurecer la legislación financiera (la famosa reforma de Wall Street), la creación de trabajos por medio de una política expansiva de inversión pública en infraestructuras recuperando la tradición del New Deal, la revisión de los tratados de libre comercio; y muchas más cuestiones que, en definitiva, suponen revisar un statu quo que en el mejor de los casos trae a los trabajadores la sensación de estancamiento vital, y en el peor una sensación de decadencia y deterioro.

El estado de ánimo y buena predisposición hacia Sanders que encontró Arlie Russell, y que se confirmaron en las primarias demócratas (con la victoria de Sanders en estados que generalmente están vedados a los demócratas), son dos datos que indicaban a los demócratas que su situación no tenía por qué estar perdida entre los votantes tradicionalmente conservadores, y entre el votante de clase trabajadora.

El hecho de que los dos candidatos que propusieron un programa de cambio con respecto a la política económica de la Era Obama ganasen en los mismos estados (salvo el sur, que inclinó la balanza hacia Clinton) indicaba que existía una demanda unificada de los votantes desfavorecidos, insatisfecha por el establishment demócrata. Y estos no quisieron darse por enterados.

Si analizamos en retrospectiva la actitud del equipo de campaña de Clinton ante el desarrollo de las primarias/campaña presidencial, nos encontraremos con que se dio una situación muy paradójica que combinaba dos elementos contrapuestos. Por una parte, existía una fe ciega en las

posibilidades de victoria de la candidata sobre Sanders y sobre Trump que les llevó a subestimar los movimientos del adversario. Este problema resultó acuciante durante la recta final de la campaña presidencial cuando Trump abandonó Florida para conquistar los estados de los Grandes Lagos que cimentarían el sorpasso en el colegio electoral (que no en voto popular). Esta complacencia de los demócratas con respecto a la fortaleza de su coalición de votantes resultó letal, pues supuso olvidar la regla de oro de que si una coalición de votantes no se cuida, se deshace, lo que supone otorgar la victoria al contrincante.

EL GRADO DE NEGLIGENCIA DE LOS ASESORES DE CAMPAÑA DE CLINTON RESULTA BASTANTE SORPRENDENTE, YA QUE SE TRATA DE UNO DE LOS GRUPOS DE POLÍTICOS CON UNA MAYOR TRAYECTORIA EN WASHINGTON

Junto a esta fe ciega con respecto a las posibilidades de Clinton, con las filtraciones de Wikileaks se supo que en el equipo de Hillary existía una sensación de frustración por la falta de empuje de la candidata, y, sobre todo, por la falta de dirección y definición de la campaña. Estas críticas resultan especialmente chocantes viniendo de la cuenta de e-mail hackeada de John Podesta, el director de campaña de Clinton. Resulta evidente que si hay un responsable ante la ejecución y el contenido de la campaña ese es, además de responsabilidad de la candidata, un fallo del director de campaña, es decir, del propio Podesta. Pero el carácter errático de la campaña de Clinton no es una crítica que carezca de sentido. Si se analiza la situación es innegable que Clinton fue siempre una candidata a la defensiva cuyo discurso cambiaba amoldándose a los ataques del otro candidato. Y si hay un consenso asentado entre los especialistas en discurso político es que un candidato a la defensiva tiene escasas posibilidades de ganar unas elecciones, pues no es capaz de transmitir un mensaje de fortaleza y competencia que gane la confianza de los electores. Y esta actitud de falta de iniciativa y de un criterio claro a la hora de defender un alineamiento político resultó letal para una candidata sobre la que siempre ha pesado la imagen de político deshonesto.

Ante Bernie Sanders, tuvo que rendir cuentas continuamente por su vínculos con Wall Street y por su apoyo a Bush en la Guerra de Irak. Hillary pasó de una defensa sin fisuras de la política de libre comercio de Obama a adoptar algunas de las medidas de Sanders sin con ello construir un mensaje económico claro. Ante Trump, Hillary tuvo que defenderse por el escándalo de su servidor privado de correos cuando era secretaria de Estado, así como dar explicaciones por los correos del Weinerleaks aireados por el FBI, de Wikileaks con respecto al DNC y Podesta, sobre su actuación como secretaria de Estado en Siria y Libia (especialmente por el ataque a la embajada de Bengasi), y por supuesto las acusaciones de Trump a Clinton de ser una política vendida al establishment y los poderosos, repitiendo los ataques de Sanders por las conferencias ante Wall Street, y añadiendo otras más descaradas que le tenían a él por protagonista, ya que en anteriores elecciones él financió las campañas de Clinton, denunciando el intercambio de favores entre él y su adversaria por ello.

El historial político de la candidata fue incapaz de resistir todos estos ataques. Pero peor que esto es el hecho de que esta dinámica de asalto constante a Clinton no era nueva por parte de demócratas descontentos y republicanos. Llevaba ocurriendo durante suficiente tiempo como para que el equipo de campaña estableciera una estrategia y protocolo de respuesta. Pero estaban tan convencidos de la victoria que ni se molestaron en hacerlo. Y si lo hicieron, no resultó para nada efectivo.

En general el grado de negligencia mostrado por Podesta y los asesores de campaña de Clinton resulta bastante sorprendente, teniendo en cuenta que se trata de uno de los grupos de políticos más profesionalizados y con una mayor trayectoria en Washington, lo que significa que son expertos en la guerra sucia, ya que sin serlo no se sobrevive dos décadas en la capital estadounidense.

Los republicanos presentaron a un candidato carismático y un mensaje poderoso: “Make America great again”, lo que significa actuar sobre la economía, algo que venían reclamando los electores desde hacía tiempo. Frente a esto los demócratas presentaron a una candidata distante y envuelta en escándalos cuyo único mensaje gravitaba alrededor de su figura: su capacidad de gestión y liderazgo y el hecho de ser la primera mujer candidata a la Casa Blanca. En realidad, el mensaje más repetido por su campaña ni siquiera trataba técnicamente de ella. Trataba de Trump. Los electores debían votar a Clinton porque era una candidata mejor y más digna que Trump. Debían votarla a ella para evitar que Trump llegase a la Casa Blanca. Pero ese mensaje resultó poco convincente cuando como candidata Clinton se mostró constantemente a la defensiva e incapaz de deshacerse de las sospechas de corrupción. ¿Si no eres capaz de gobernar una campaña cómo vas a responsabilizarte de gobernar un país?

SI EL EQUIPO DE CAMPAÑA DE CLINTON HUBIERA ATENDIDO A LOS DATOS DE LAS REGIONES EN VEZ DE OBSESIONARSE CON FLORIDA, PODRÍA HABER RETENIDO ALGÚN ESTADO DE LOS GRANDES LAGOS

A esto hay que sumarle un uso poco profesional de las encuestas. La mayor parte de la prensa (favorable a Hillary Clinton con un porcentaje de adhesión unificado hacia un candidato presidencial inédito en anteriores convocatorias electorales) se hizo eco de las numerosas nationwide polls y prestó poca atención a las statewide polls. Las primeras lo que ofrecen es un indicador de la diferencia de apoyo de un candidato sobre su contrincante, realizando preguntas a lo largo de todos los Estados Unidos y ofreciendo un cifra agregada de todas ellas. Sirven para medir el grado de apoyo de un candidato en el país en su conjunto, y funcionan bajo un supuesto que es falso en el sistema electoral: que los Estados Unidos forman una única circunscripción. Las statewide polls, por el contrario, miden la popularidad de cada candidato estado por estado, que es como se reparten los compromisarios.

La abrumadora mayoría de medios siempre se hace eco de las nationwide polls y pocas veces presta atención a los statewide polls salvo cuando se trata del estado al que pertenece la sede del medio de comunicación concreto. Hay una razón práctica para esto, y es que resulta más cómodo y sensacionalista dar un solo dato agregado que ofrecer una tabla con cincuenta y un datos distintos tomados en distintas fechas. Vende más periódicos un titular con una sola cifra sobre la que se pueden hacer afirmaciones rotundas. Y a pesar de que las nationwide polls han sido tras la campaña ampliamente criticadas por mostrar una constante ventaja de Clinton sobre Trump (salvo algunas durante la recta final), ciertamente no se puede negar que si comparamos los datos de dichas encuestas con los resultados en voto popular, las nationwide polls no iban tan desencaminadas. Estas mostraban que Clinton iba a conseguir más votos que Trump y finalmente así ha sido, el problema es que no se repartieron geográficamente de manera que los demócratas pudieran aprovechar esa ventaja en votos.

Entre las statewide polls, muchas ofrecían un alto número de estados indecisos o con cifras de apoyo a los distintos candidatos muy oscilantes en las semanas previas a las elecciones. El equipo de Trump dirigido en aquella recta final por Stephen Bannon replegó a su candidato de Florida donde plantaba un duro pulso a Clinton tornando la contienda a su favor. Si Podesta y el equipo de campaña de Clinton hubieran atendido a los datos concretos de las regiones en vez de obsesionarse con Florida, el estado que robó las elecciones a Al Gore, podrían haber compensado los movimientos de Trump y retener algún estado de los Grandes Lagos. Se movilizó al matrimonio Obama para contrarrestar a Trump en esa zona, pero una vez más era un movimiento de defensa y reacción ante la toma de iniciativa del candidato republicano.

Los resultados electorales y la implosión demócrata

La obtención de resultados electorales oficiales en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos es una tarea ingrata, ya que el recuento de las papeletas compete a los estados que son

los que ofrecen los datos provisionales, cada uno los suyos. El organismo federal responsable de dar los datos oficiales definitivos de la elección, la Federal Election Commission, tarda casi un año en hacerlos públicos (estiman que estarán para mediados de 2017), y no ofrecen datos provisionales, ni agregados, ni desagregados. La Associated Press se dedica a recolectar los datos provisionales de los estados, pero no ofrece una base de datos abierta al público, sino que se lo comunica a los periódicos que actualizan sus páginas web sin ofrecer datos tan básicos como porcentaje de participación, número de votos totales, o los votos obtenidos por los partidos minoritarios. Por lo tanto, los datos que se ofrecen a continuación no son datos oficiales de la Federal Election Commission y podrían ser matizados por el informe que publique ésta en unos meses.

A día 1 de diciembre, y con un recuento abierto en el estado de Wisconsin, y otros dos recuentos proyectados en Michigan y Pensilvania, los datos provisionales según el New York Times ofrecen una cantidad de votos de 64.817.808 con una tendencia al alza para Hillary Clinton (48%), lo que se traduce en 232 compromisarios. Con respecto a los 62.510.659 para Trump (46,3%), quien gana 306 compromisarios. Estos datos cambiarán cuando se terminen los recuentos. La distancia de votos es de 2.076.687 votos a favor de Clinton y podría incrementarse. Pero comparados con las anteriores elecciones, los republicanos han ganado 1.577.155 votos, mientras que los demócratas han perdido 1.097.987 votos, quizás algo menos. Los republicanos han ganado casi el mismo número de votos que han perdido los demócratas, por lo tanto los demócratas ganan en voto popular, mientras que los republicanos ganan en voto electoral.

LOS ESTADOUNIDENSES NO ELIGEN A SU PRESIDENTE, SINO QUE ELIGEN UN CUERPO DE ELECTORES QUE SE COMPROMETEN A TRANSMITIR EL SENTIDO DEL VOTO DE LOS CIUDADANOS

Hay que realizar una aclaración a este respecto. Los Estados Unidos son una república presidencial desde sus inicios constitucionales. A pesar de lo que se suele decir, la idea original de los padres fundadores no era fundar una democracia, sino una república mixta, donde existirían elementos monárquicos (el presidente), elementos aristocráticos (el Congreso, el Senado y el Colegio Electoral para la elección del presidente) y elementos democráticos (los Town meetings a nivel municipal allá donde los hubiera, y el derecho de elegir representantes como derecho reconocido para aquellos ciudadanos que la ley estableciera, que nunca fueron todos). El derecho al voto fue establecido a nivel de cada estado, pero no a nivel federal (y mayoritariamente sigue siendo así), por lo que cada ciudadano vota de acuerdo a las leyes de su estado sin que exista un criterio unificado. La única excepción a esto fue el requerimiento establecido en la 14ª enmienda, aprobada en 1868 (81 años tras la aprobación de la Constitución), en el contexto de la reconstrucción tras la guerra civil. En ella se estableció, entre otras cosas, el derecho a la ciudadanía estadounidense a nivel federal y el derecho al voto para los varones de veintiún años en adelante, siendo esta la mínima cobertura común legal de derecho al voto.

Pero lo que hay que entender es que al contrario de la creencia general los estadounidenses no eligen a su presidente, sino que eligen un cuerpo de electores que quedan comprometidos a transmitir el sentido del voto de los ciudadanos. Por eso en los Estados Unidos se les denomina cuerpo electoral y en España compromisarios. El compromiso es de respetar el sentido del voto, aunque se han dado casos en que algún compromisario ha votado en sentido distinto al que se comprometió con sus votantes, lo que ha llevado a algunos estados a desarrollar leyes punitivas para evitar esta situación. Al presidente de los Estados Unidos técnicamente no lo eligen los 231.556.622 americanos con derecho al voto, sino 538 electores, porque el sistema de elección no está pensado constitucionalmente para ser democrático, sino aristocrático. Sólo por la acción de dos siglos de presiones populares para el establecimiento de la democracia se ha conseguido extender el sistema mixto al sistema electoral, donde el elemento democrático es hoy en día predominante, aunque en ocasiones genere disfuncionalidades que desvelan el origen elitista del sistema que no ha desaparecido. Como el resultado actual, en el que Trump con menos votos se

hará con la presidencia. No es la primera vez que ocurre. Ya ocurrió en 1824, 1876, 1888 y en el año 2000 (y ahora por quinta vez). De hecho, el origen del Partido Demócrata se encuentra en el primero de estos desajustes, tras las elecciones de 1824. Queda claro que este problema ni es nuevo ni es ajeno a la legalidad constitucional, aunque puede ser un elemento deslegitimador de la actual arquitectura democrática.

Esto en cuanto al funcionamiento del sistema en su conjunto. En lo que se refiere a estas elecciones, los partidos minoritarios han subido de manera espectacular con respecto a la anterior convocatoria, pero de manera desigual. El Partido Libertario es el que acusa la mayor subida con un total de cuatro millones de votos, con respecto al millón de votos que obtuvo en las pasadas elecciones, y el Partido Verde obtuvo un millón de votos, un incremento de algo más de medio millón de votos con respecto al 2012. El Partido Libertario en estas elecciones proporcionó un refugio natural para el electorado republicano más institucional que se resistía a votar a un candidato económicamente proteccionista y racista. Los verdes, por el contrario, capitalizaron parte del voto juvenil que Bernie Sanders había reunido alrededor de su plataforma Our Revolution.

EL PARTIDO LIBERTARIO ALCANZO 4 MILLONES DE VOTOS, FRENTE AL MILLÓN DE VOTOS QUE OBTUVO EN 2012, Y EL PARTIDO VERDE OBTUVO 1 MILLÓN DE VOTOS, UN INCREMENTO DE ALGO MÁS DE MEDIO MILLÓN

Pero si se atiende a estos datos, lo lógico es que una mayor pérdida de votantes demócratas hubiera reforzado al partido minoritario a su izquierda. Mientras que la presentación de un candidato con un perfil más derechista por parte del Partido Republicano hubiera ido en detrimento del partido minoritario, en líneas generales más a la derecha que los republicanos. Sin embargo, lo que ha ocurrido es que ha habido una fuga masiva de votos republicanos moderados al Partido Libertario (por presentar un perfil más tradicional con el de la derecha republicana estadounidense) como se muestra por los índices de apoyo a este partido que, quitando Texas, ha subido en estados costeros y del norte sin una fuerte tradición libertaria. Mientras que el voto de izquierdas se ha fragmentado entre la abstención, el voto a Clinton y el voto a los verdes. Pero este factor no es decisivo, pues en los estados más liberales es donde se ha dado un mayor incremento de los verdes y en dichos estados Clinton no sólo no ha perdido votos sino que en algunos, como en California, ha ganado más votos que Obama en 2012.

Una combinación de abstención en estados del medio oeste y los Grandes Lagos, con un fuerte trasvase de votos a los republicanos es lo que explica por qué la caída de los demócratas en votos es tan acusada sin que eso se traduzca en una subida espectacular de los verdes (que apenas han recibido votos allí), así como por qué la subida espectacular de los libertarios no ha hecho mella en el Partido Republicano. Estos últimos han compensado la huida de sus moderados con voto obrero demócrata.

Esto confirma la hipótesis del colapso del sexto sistema de partidos. La diferencia entre republicanos y demócratas es que los primeros vivieron su colapso antes de que comenzasen las elecciones, mientras que los segundos lo vivieron durante las mismas.

El colapso demócrata es el de una élite liberal de las costas por su propia incompetencia e insensibilidad ante los problemas de los trabajadores blancos pobres. Este problema es mucho más profundo de lo que parece, y se demuestra cuando se comparan los resultados de las primarias con los de las elecciones presidenciales.

Bernie Sanders se mostró durante las primarias mucho más fuerte en aquellos estados cuya pérdida ha sido clave para la derrota demócrata, y sus índices de movilización de voto en los estados en los que perdió contra Clinton en las primarias fueron superiores a los de Trump (por ejemplo, Sanders atrajo menos votos que Clinton en el estado de Nueva York, pero más que

Trump), por lo que si hubiera competido en dichos estados habría superado con mucha probabilidad a Trump a pesar de no haber sido tan apoyado como Clinton. Mientras que en aquellos estados donde Clinton no era competitiva él hubiera tenido más posibilidades de mantener o conquistar dicho estado para los demócratas, como demuestran los resultados de las primarias.

Aun así, la situación de Sanders con respecto a la coalición de votantes demócratas dista de ser perfecta, ya que, como se evidenció durante las primarias, fue incapaz de atraer hacia su candidatura a las minorías raciales, con excepción de los indios nativos americanos, que le apoyaron en masa. Este indicador apunta a un problema estructural del Partido Demócrata que evidencia su colapso. La coalición de votantes demócratas de los últimos cincuenta años se ha deshecho debido a que ningún candidato es capaz de elaborar un mensaje que aúne al conjunto de desfavorecidos: a los blancos pobres con las minorías raciales excluidas.

De esta manera, si el colapso del Partido Republicano se debió a un agotamiento de su cúpula y a la incapacidad de generar un recambio desde la institución del partido, el colapso demócrata se ha producido por su base; más concretamente por la incapacidad de la cúpula demócrata de conectar con toda la base y mantenerla unida. Esto explica por qué la crisis republicana fue más temprana y por qué la crisis demócrata es más profunda.

Tras los resultados electorales el 8 de noviembre la cúpula demócrata terminó de desmoronarse, apuntando la tendencia posterior a la convención demócrata de Filadelfia. Debbie Wasserman y otros dos miembros del comité nacional demócrata dimitieron después de que Wikileaks filtrase que el partido había estado ayudando ilegalmente a Hillary Clinton durante las primarias. Donna Brazile, la actual presidenta interina del comité, encara una dura batalla para su confirmación en el cargo contra Keith Ellison, el candidato de Bernie Sanders.

Al igual que ocurriera en el colapso republicano, el Partido Demócrata ha visto desaparecer a la élite que ha llevado las riendas del partido desde hace décadas: las grandes dinastías de la Costa Este. En agosto del 2009 murió Ted Kennedy, quien desde el Senado controlaba lo que quedaba del poder de la poderosa familia en el Partido Demócrata. La adhesión de Ted Kennedy a Obama fue de gran importancia en su victoria frente a Hillary Clinton, y la última demostración de fuerza de la familia Kennedy.

Hillary y Bill Clinton, junto a colaboradores suyos como John Podesta o Debbie Wasserman, quedaron como el último gran poder en el Partido Demócrata una vez los Kennedy se extinguieron. Seguros de la victoria de Hillary Clinton, lo apostaron todo a estas elecciones y al perder lo perdieron todo.

Como en el caso republicano, ya sólo quedan líderes institucionales moderados y débiles cuyo traspaso de poder está comprometido. Tal y como ocurriera entre el Partido Republicano y el Tea Party, un potente movimiento más radical y externo al partido que impugna al presidente electo amenaza con tomar las riendas. Al contrario de lo que ocurrió con el Tea Party, los políticos y militantes de Our Revolution cuentan con un liderazgo fuerte y unificado alrededor de la figura de Bernie Sanders, y un mensaje sólido y cohesionado que fue generado alrededor de su candidatura en las primarias.

Por tanto, las posibilidades de que Sanders, Ellison, y el movimiento Our Revolution desplacen a la cúpula moderada restante es mucho mayor que en el caso republicano hace una década. Esta situación se ve acentuada si además consideramos que los demócratas moderados se han limitado a aceptar el proceso de transición del gabinete presidencial de Trump, mientras que la oposición efectiva a sus declaraciones y nombramientos la capitalizan Sanders y Our Revolution, cobrando la iniciativa con respecto a la línea oficial del partido.

Donald J. Trump derrotó a las dos grandes dinastías políticas, a la republicana de los Bush en las primarias de su partido y a la demócrata de los Clinton en las elecciones presidenciales. Con ello ha conseguido terminar de labrarse su figura de azote del establishment, y sólo Bernie Sanders y Our Revolution puede rivalizar con él a la hora de marcar la dirección en que evolucionará el sistema de partidos. ¿Recobrará Sanders a los electores perdidos, o iniciará Trump un nuevo sistema de partidos? De cómo se muevan ambos dependerá la formación de un nuevo capítulo en la historia política estadounidense.

Nota: esta serie finalizará el viernes 20 de enero, día de la toma de posesión del presidente electo, con una nueva entrega sobre las claves de la futura presidencia Trump, en donde se analizarán las posibles líneas de política exterior y reforma interna de Trump, así como el perfil de su gabinete presidencial y la manera en que puede ser un modelo para la nueva extrema derecha.
Marcos Reguera. Investigador en la Universidad del País Vasco.

PAPER III

Claves de la futura presidencia Trump

Los próximos años estarán marcados por una nueva política reaccionaria de la que el nuevo mandatario de EEUU es su primer representante

MARCOS REGUERA
Caricatura de Donald Trump.
LUIS

20 DE ENERO DE 2017

Este es el tercer y último artículo de una serie de tres análisis que pretenden ofrecer herramientas y claves de comprensión para que las lectoras y lectores puedan interpretar las numerosas noticias que se seguirán sucediendo sobre el próximo inquilino de la Casa Blanca.

La serie se inició con El derrumbe del sistema americano y la victoria de Trump, un artículo en el que se intentaba ofrecer una explicación de conjunto de las causas históricas, culturales y políticas que prepararon el terreno para la victoria del magnate neoyorquino. En el segundo capítulo, Donald Trump, la imagen genuina del American Dream, se analizan las claves de la elección presidencial y del vuelco electoral que llevo a la Casa Blanca al candidato republicano.

Si hasta el momento se ha analizado la historia profunda que guía la actual crisis política que ha llevado a Trump al poder, así como las características políticas del proceso electoral en donde se fraguó su victoria, en este tercer análisis se lleva a cabo una tarea distinta y algo arriesgada: intentar perfilar las líneas políticas sobre las que se podría construir la futura presidencia Trump.

La gestión de la decadencia imperial

A la hora de pensar una presidencia americana entrante, siempre hay que tener en consideración tres elementos que van a definirla:

1. Cuál es el contexto internacional en el que los Estados Unidos como superpotencia van a tener que operar durante la próxima presidencia, y de qué condiciones parten.
2. Qué tipo de líder es el presidente entrante y de qué gente se rodeará para dar forma a su gobierno
3. Atendiendo a su programa electoral y discurso, cuáles pueden ser las líneas estratégicas de su presidencia, y cómo se entronca con la tradición política precedente.

El lema de campaña de Trump, "Make America great again", revela una novedad histórica a la que los Estados Unidos no habían tenido que hacer frente hasta ahora. Estados Unidos es una potencia en declive. Es el actor predominante de una cultura y política global cuyo mundo lentamente se desvanece para dar lugar a otro nuevo.

ESTADOS UNIDOS ES UNA POTENCIA EN DECLIVE. ES EL ACTOR PREDOMINANTE DE UNA CULTURA Y POLÍTICA GLOBAL CUYO MUNDO LENTAMENTE SE DESVANECE PARA DAR LUGAR A OTRO

En contraste a esta situación, la historia de los Estados Unidos ha sido la de un país que a través de 240 años de existencia va creciendo desde unas colonias independizadas hasta convertirse en una república. Por medio de la conquista del Oeste y de la expropiación y la aniquilación de sus habitantes se transforma en un Estado nación, confirmado tras una guerra civil, que lentamente y

a pesar de sus resistencias se transforma en un imperio que, en palabras de Franklin D. Roosevelt, “cae en el mundo”. Primero con su conversión en potencia regional mediante la subyugación de las repúblicas latinoamericanas; más tarde mediante su mundialización a través de la creación de un eje atlántico de dominio global junto a los decadentes países hegemónicos de la “vieja Europa” que queda subordinada a Estados Unidos mediante la OTAN.

Desde la perspectiva del poder imperial americano, los Estados Unidos han sido siempre una fuerza dinámica en ascenso. Pero desde que en el año 2006 quedara claro que la presencia norteamericana en Irak iba camino de producir un segundo Vietnam, la política norteamericana ha tenido que hacer frente a una multitud de retos que desafían el statu quo diseñado durante el punto álgido de su poder tras la caída del muro de Berlín.

La lista de eventos que marcan la vuelta de la multipolaridad es larga y clara: el estallido de la crisis económica global del 2008 y la necesidad de pactar reglas de juego con el resto de economías globales en la Cumbre de Washington de ese mismo año, las celebraciones olímpicas de Pekín de 2008 como escenificación del nuevo poder global de China, el estallido de las primaveras árabes y la transformación del statu quo en Oriente Próximo y el Magreb con la aparición del Daesh; los movimientos de ocupación de plazas en los países desarrollados y las nuevas oleadas de movimientos contestatarios, el resurgir de Rusia como actor global con el conflicto de Ucrania y la anexión de Crimea, el colapso político de la Unión Europea que se consumaría con el Brexit británico. Todas estas son muestras de un mundo en donde el viejo orden global ha dado paso a una nueva realidad en transformación, un mundo de transición que seguirá siendo marcadamente americano pero bajo otras reglas de juego.

Los Estados Unidos cimentaron su poder hegemónico global tras la Segunda Guerra Mundial exportando su consenso de postguerra (el American Way & Dream) hacia el exterior por medio de la americanización del resto de culturas y la construcción de un orden político global estadounidense. La guerra fría generó todo un sistema de contrapesos institucionales para evitar que los sistemas de alianzas comunista y capitalista diesen lugar a la aniquilación total como había ocurrido durante la primera mitad de siglo en el concierto europeo. La bomba atómica obligó a un tipo de compromiso distinto incluso entre enemigos absolutos. El mundo que surgió de los acuerdos de Bretton Woods en el plano económico, y de la conferencia de Yalta y la conferencia de San Francisco en el político-legal era un mundo altamente regulado, dominado por las normas, los acuerdos, las ententes y los foros de diálogo multilateral surgidos bajo la sombra de la mutua destrucción asegurada. Fue la época dorada de las organizaciones internacionales como la ONU, la OTAN, el FMI, el BM y la CEE, que más tardíamente se convertiría en la UE. La lista es mucho más larga, por supuesto, pero lo que esto intenta reflejar es el espíritu de un momento en el que se pretende marcar un estilo y una distancia diametral con respecto a los horrores de la época precedente. Los Estados Unidos dominan esta época desde el doble espíritu de respeto a la bipolaridad y su predominio como primus inter pares. Los Estados Unidos fueron los principales arquitectos de este orden mundial, y una Unión Soviética dirigida por Stalin y preocupada en la reconstrucción posbélica más que en extender la revolución mundial lo aceptó tomando la iniciativa con las nuevas reglas de juego.

OBAMA HA SIDO EL PRIMER PRESIDENTE DE UNA AMÉRICA EN DECLIVE Y ESTO SE HA REFLEJADO EN SU PRESIDENCIA, MÁS AISLACIONISTA QUE LA DE SUS PREDECESORES

Las dos superpotencias se disputaron el tablero global jugando a su particular ajedrez con el proceso de descolonización y el desmoronamiento de lo que quedaba del antiguo poder europeo. La Unión Soviética, con su prestigio económico y científico, así como con su victoria contra Hitler, dominó la primera guerra fría provocando la aparición de los Estados del bienestar en el primer mundo y los movimientos de descolonización en el tercer mundo. Los Estados Unidos se sentaron a la misma altura que el resto de sus aliados en un gesto simbólico, pero les marcó el ritmo y el fondo a través de los planes de reconstrucción económica de postguerra y su subordinación en la

OTAN. Pero estos no fueron sus mayores logros. Su mayor logro fue imponer en el mundo su modelo económico y cultural a través de la exportación del American Way & Dream al resto de países, que asimilarían este modelo de sociedad cada uno en su tradición nacional y cultural específica, pero compartiendo todos una base común como sociedades de consumo americanizadas.

El poder de los Estados Unidos no reside sólo en que haya construido una red de dominación militar, sino en que ha creado un modelo de cultura y civilizatorio que puede sobrevivirle mucho después de que pierda su lugar como superpotencia hegemónica. Con múltiples diferencias por la distancia histórica y el tipo de mundo en que ambos imperios dominaron, sólo ha habido otro imperio hegemónico en la historia que haya conseguido ese nivel de implementación civilizatoria. La Antigua Roma. Este es el hecho que más diferencia a los Estados Unidos de su posible relevo como potencia hegemónica global, China, cuyo modelo imperial se asemeja más al construido por los británicos con la Commonwealth, mediante la búsqueda del predominio de los mecanismos económicos y comerciales globales, pero con un menor interés en intervenir en los asuntos internos de otros Estados cuando esto no afecta directamente a sus intereses más inmediatos. Así como la incapacidad de generar un modelo cultural atractivo para la comunidad internacional (más en el caso de China que en la antigua Commonwealth británica).

Los años setenta con su crisis económica y el inicio de la apertura de China al mercado global son un punto de referencia de transformación de este modelo. Las organizaciones internacionales universalistas, basadas en el derecho internacional como principio rector, serán abandonadas como área de toma de decisiones por las superpotencias y sustituidas por foros anuales para la discusión de la geopolítica económica. La ONU, con un Consejo de Seguridad crecientemente paralizado por los vetos mutuos y una Asamblea General convertida en un altavoz de agravios de los países en desarrollo, dejará de ser el espacio de referencia internacional, y será informalmente sustituido por el G-7 y el WEF (Foro de Davos), como asambleas de toma de decisiones globales.

TRUMP APUESTA POR UN MENSAJE DE LEY Y ORDEN EN EL INTERIOR Y UNA INCONGRUENTE POLÍTICA EXTERIOR DURÍSIMA CON LOS TERRORISTAS, PERO QUE EVITARÁ LAS GUERRAS DE LOS PRESIDENTES ANTERIORES

Mucho más exclusivistas, con un enfoque preeminentemente económico y no legal, serán las instituciones de poder de un mundo globalizado en el que los Estados Unidos se acabarán por imponer a la URSS. Y con la caída del muro de Berlín intentarán transitar de la bipolaridad (un mundo regido por dos) a la unipolaridad (el predominio absoluto americano). Este fue el gran proyecto fracasado de los neoconservadores. Pero ya durante su gestión había indicios de que el proyecto podía fracasar. En los albores del nuevo milenio no se hablaba del Siglo Americano, si no del Nuevo Siglo Americano, y siempre que se mentaba la fórmula era para subrayar el carácter de apuesta política. Los círculos de poder político neoconservador tenían claro que el siglo XX había sido el siglo de los Estados Unidos, y que el siglo XXI debía repetir los logros obtenidos y las cuotas de poder alcanzadas, pero que no tenía por qué ser así. De ahí su necesidad de escenificar la fuerza del poderío militar estadounidense en guerras espectaculares, que de paso defendieran sus intereses económicos y geoestratégicos.

El mundo en que los Estados Unidos pueden intervenir con impunidad ha desaparecido. Como han desaparecido los clubes exclusivos de países occidentales para la gestión económica de la globalización, o la centralidad de las organizaciones internacionales que por medios legales y consensuales evitan las catástrofes. Todo ello sigue funcionando casi por inercia histórica, pero no porque cumpla un papel determinante en la gestión de los asuntos globales. Los Estados Unidos siguen interviniendo en sus focos de interés pero a un alto coste, con pocos resultados y muy poca legitimidad internacional. La ONU sigue instituida pero ha dejado de ser el centro de reunión para la discusión de los problemas globales, y tras la segunda guerra de Irak no ha jugado ningún papel de relevancia en la esfera internacional. El G-7 se transformó en el G-8 para dar cabida a

una Rusia que estaba reciclando el imperio soviético a gran velocidad, y convive junto al G-20 cuando la crisis evidenció que sin los países emergentes no se podía dar una respuesta adecuada a la crisis económica global.

LA PRESIDENCIA TIENE UNOS LÍMITES CONSTITUCIONALES DE LO QUE SE PUEDE Y NO SE PUEDE HACER, Y ES EL DEBER DEL LEGISLATIVO LA FISCALIZACIÓN DE LOS LÍMITES DEL EJECUTIVO

El G-20 y el Foro de Davos son las únicas instituciones internacionales con algo de alcance en la gestión actual de la globalización. Pero la primera no ha jugado un papel determinante desde la cumbre de Washington de 2008, y el Foro de Davos sufre un desprestigio creciente entre la población mundial por su carácter elitista. George Soros y Hillary Clinton, el multimillonario y la política que mejor representan esta conferencia y a la élite que la compone, son estrellas declinantes en comparación con Donald Trump y Vladimir Putin; el tipo de élite dirigente autoritaria que desde hace tiempo toma los mandos en las principales economías del globo. Barack Obama ha sido el primer presidente de una América en declive y esto se ha reflejado en su presidencia, marcadamente más aislacionista que la de sus predecesores y volcada en un programa de reformas de los Estados Unidos. Este es el signo de los tiempos en la gestión del poder político norteamericano y va a ser también la dinámica que va a marcar la nueva presidencia Trump.

Ahora bien, eso no significa que Obama (o Trump en el futuro) no haya intervenido para defender los intereses americanos por el globo. Las guerras de Libia, Siria y Ucrania son prueba de ello. Pero en todos los casos Estados Unidos ha tenido que compartir el escenario con otras potencias, y su aproximación ha sido más indirecta, por medio de la inteligencia (financiación de grupos leales) y la tecnología (guerra de drones), que el acercamiento bélico convencional (no en el caso de Libia, que sí hubo intervención de una coalición sobre el terreno). Estados Unidos no puede dejar de intervenir en el mundo porque su actual constitución imperial y los beneficios político-económicos que detenta a partir de ella le impiden una retirada aislacionista como la que llevó a cabo tras la guerra civil americana, o tras la Primera Guerra Mundial.

EL ACTA PATRIÓTICA APROBADA TRAS EL 11S SUPUSO UN PUNTO Y APARTE EN EL ESQUEMA CLÁSICO ENTRE DERECHO ORDINARIO Y ESTADO DE EXCEPCIÓN PROPIOS DEL ESTADO DE DERECHO

Esta es la paradoja de la gestión imperial americana. Que los Estados Unidos no pueden renunciar a seguir interviniendo en el mundo para defender tanto sus intereses como las condiciones de asimetría mundial que posibilitan su modo de vida. Pero por otra parte ya no cuentan con ninguno de los tres modelos con los que gestionaron con anterioridad su hegemonía. Por este motivo, el lema de Trump "Make America great again" aparece como una máxima reveladora de nuestro momento histórico. Es un mensaje fundamentalmente decadente. La expresión y confesión de un poder y grandeza perdidos, y que se sabe perdidos. Que probablemente nunca volverán.

Empresarios y militares: el modelo presidencial de la Administración Trump y sus principales figuras

La globalización en crisis carece de estructuras de gobierno mundial efectivas, y unos Estados Unidos en repliegue han elegido a un presidente crítico con ésta. Trump ha llegado al poder con una promesa de renovación del liderazgo americano basado en una retórica de la fuerza. La fuerza en el liderazgo, en el carácter y la nación. Frente a un Obama que apostaba retóricamente por el diálogo y la multilateralidad, realizados mediante la reforma liberal del país (de los derechos de las minorías y el intento de instituir servicios básicos) y una aproximación indirecta al exterior por medio de la Inteligencia y los tratados de libre comercio. Por el contrario, Trump apuesta por

un mensaje de ley y orden en el interior, control fronterizo para mercancías y migrantes y una incongruente política exterior que será durísima con los terroristas, pero que evitará las guerras de los presidentes anteriores. En definitiva, un mensaje de vuelta autoritaria a los moldes del Estado nación, que concuerda con toda una corriente mundial en esa dirección por el fracaso de la gestión de la crisis por la élite internacional.

TRUMP ASPIRA A MANDAR DELEGANDO LA ACCIÓN DE GOBIERNO EN SU GABINETE PRESIDENCIAL Y EN SU EQUIPO, A LOS QUE CONCIBE COMO UNA SUERTE DE CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

Hay un debate fundamental y apasionante que está en el centro de nuestra problemática política actual, y que no puedo exponer aquí en detalle, pero sí nombrarlo: ¿Es posible ejercer la democracia fuera de los límites del Estado nación? ¿Podemos volver al Estado nación en la era de la globalización y la interdependencia? El disfrute de nuestros derechos, libertades e historia vital se inscribe en el Estado nación. Pero la realidad que lo hace posible lo desborda.

Donald Trump y toda la nueva derecha que está surgiendo son la respuesta del miedo a estas dos preguntas y afirmaciones. El miedo es la respuesta emocional cuando no se cuenta con ninguna otra respuesta o certeza. Es la emoción que aparece cuando no se atisba esperanza. Pero sólo desde la esperanza se puede construir una alternativa a los problemas, con el miedo no se resuelven, se reprimen. Por eso Trump no puede triunfar en sus políticas, ni su presidencia contribuir a un mundo mejor.

Éstas son las coordenadas de la llegada de Donald Trump al poder. Pero desde una perspectiva más concreta hay una pregunta que ronda a la mayoría de la gente: ¿Qué tipo de presidente será Donald Trump?

DE LOS QUINCE SECRETARIOS DE SU GOBIERNO, UN TERCIO SON ANTIGUOS DIRECTIVOS DE MULTINACIONALES Y COMPAÑÍAS FINANCIERAS

A lo largo de la historia norteamericana ha habido 44 presidencias protagonizadas por 43 individuos (Grover Cleveland cuenta por dos, y no sólo por su abultado tamaño). Donald J. Trump será el número 45, y en los 44 casos precedentes nos hemos encontrado con distintas formas de concebir el ejercicio del mandato y los límites constitucionales de las atribuciones presidenciales. Por decirlo de otro modo. La presidencia tiene unos límites constitucionales de lo que se puede y no se puede hacer, y es el deber del legislativo la fiscalización de los límites del Ejecutivo. Sin embargo la historia ha mostrado que los Estados Unidos tienen que afrontar crisis para las que el sistema político y legal americano no está preparado, y en dichas crisis la presidencia tiende a aprovechar los vacíos legales o la situación de urgencia política para rebasar los límites constitucionales y reformarse mientras se amplía por la vía de los hechos consumados.

Durante la Guerra Civil Americana Abraham Lincoln decidió utilizar sus poderes excepcionales para subvertir el derecho de los Estados y abolir la esclavitud de forma inconstitucional. Para ello utilizó prerrogativas del derecho de excepción para alterar el derecho constitucional. Y la administración que se había ampliado para poder gestionar el esfuerzo bélico no se dismanteló tras la reunificación. Lo mismo ocurrió con todas las agencias gubernamentales creadas durante el New Deal y la Segunda Guerra Mundial por parte de Franklin D. Roosevelt. El Estado y las atribuciones presidenciales crecieron por encima de sus límites legales e institucionales para dar respuesta a la crisis económica y bélica. Y tras la guerra éstas se transformaron en las actuales instituciones públicas americanas que todos conocemos.

La Constitución y las instituciones pueden servir de muro de contención contra presidentes aventureros que deseen traspasar los límites de su cargo. Pero no son una respuesta infalible y monolítica si existe la voluntad de subvertirlos y el contexto propicio para hacerlo. Ya existe el precedente histórico, sólo hace falta una presidencia con la voluntad de alterar las reglas de juego

y que surja la situación propicia o alguien que la fabrique para que la población y las instituciones acepten la subversión del orden por la política de los hechos consumados.

LA PROBABILIDAD DE QUE LAS DECISIONES EJECUTIVAS BENEFICIEN A ALGUNA DE LAS EMPRESAS DE LA TRUMP ORGANIZATION ES MUY ELEVADA, Y PODRÍA SER OBJETO DE UN 'IMPEACHMENT'

Un caso precedente a esta situación que no implica los escenarios dramáticos de una guerra civil o una guerra mundial lo constituye el proceso de aprobación de la ley 107-56, más conocida por su apodo de “acta patriótica”, que prevé un marco jurídico para poder suspender derechos fundamentales a la manera de la excepcionalidad jurídica de los tiempos de guerra, pero durante el tiempo de paz. El acta patriótica aprobada tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 ha supuesto un punto y aparte en el esquema clásico entre derecho ordinario y Estado de excepción propios del Estado de Derecho. Desde una perspectiva legal ortodoxa resulta difícil seguir incluso hablando de Estado de Derecho, pues esta legislación supone la constitucionalización de lo que Naomi Klein teorizó como “doctrina del shock”. La creación de un discurso de urgencia y peligro social acompañado por nuevos mecanismos legales y políticos que permiten imponer medidas autoritarias en sociedades democráticas sin necesidad de transformar el núcleo del sistema político.

Este es el punto de partida de la Administración Trump. Este escenario Trump lo tiene ganado de antemano como la norma política de nuestro tiempo, y no sólo en el área de los derechos fundamentales y las libertades públicas, sino también en el ámbito de la toma de decisiones económicas a nivel global. Desde las medidas del año 2008, el rescate bancario internacional, el restablecimiento de las líneas de liquidez, y el rescate de las compañías aseguradoras, se abrió un escenario de decisionismo económico global al que los parlamentos estatales se plegaron en una mezcla de impotencia y urgencia, ratificando unas decisiones de gran calado político para las que ninguna institución contaba con un mandato democrático. Esta dinámica se profundizó durante los siguientes años por las políticas de ajuste y contención del gasto público impuestas por la Troika (FMI, BCE y Comisión Europea) para que los Estados pudieran acceder a los paquetes de ayuda y rescate, así como en la gestión de la crisis de la zona euro, fuertemente vinculada con los dos casos anteriores. Nos encontramos entonces con que en el orden económico se ha instituido también una particular “doctrina del shock”.

Tanto en el ámbito legal como en el económico esta situación supone la aceptación de la arbitrariedad del poder en nombre de la seguridad colectiva. Renunciamos al Estado de Derecho en nombre de la seguridad pública en la ubicua “guerra contra el terror”, así como renunciamos a derechos sociales y laborales frutos de décadas de conquistas en nombre de la estabilidad económica. El problema de la instauración de gobiernos marcadamente autoritarios en los países occidentales es que no se establecen en el vacío, sino en terreno abonado por dos décadas de políticas del miedo donde las nuevas políticas de exclusión de grupos y control generalizado serán vividas como una diferencia de grado, pero no de naturaleza. Cuando por el contrario lo que se está dando es un cambio cualitativo hacia sociedades posdemocráticas, donde el autoritarismo de nuevo cuño no puede percibirse claramente por el clima securitario de la época precedente.

EL MAYOR PELIGRO PARA TRUMP, LA AMENAZA MÁS SÓLIDA A SU PRESIDENCIA, PUEDE VENIR DE UNA ALIANZA ENTRE MIKE PENCE Y PAUL RYAN

Considerando las dos cuestiones presentadas en este apartado: la cuestión del estilo presidencial y el contexto de una creciente concepción autoritaria del poder presidencial y sus prerrogativas, queda por reflexionar sobre el modelo de presidencia que podría instituir el futuro presidente.

Hay un elemento en el estilo presidencial que liga de manera sorpresiva a dos figuras por lo demás tan distintas en el carácter como George W. Bush y Trump, y es la falta de interés en el gobierno que muestran ambas figuras.

A diferencia de Jeb Bush, que como su padre el expresidente George H. W. Bush demostró desde muy temprano ser un animal político, el mayor de los hermanos Bush no demostró nunca ni cualidades ni un especial interés personal por el gobierno. Ya desde su época como gobernador de Texas transmitía que su contribución a la política republicana era más una cuestión de deber hacia la dinastía familiar que una vocación propia. Pero Texas siempre tuvo un mayor peso político que Florida, y George W. Bush se supo rodear de hombres ambiciosos y capaces, como su mano derecha Karl Rove, que le ayudaron a conquistar la nominación republicana para la presidencia en el 2000. Cuando llegó a la Casa Blanca se inhibió de buena parte de las labores de gobierno, delegando en su jefe de personal (Rove) la gestión presidencial y permitiendo que su vicepresidente, Dick Cheney, actuase como presidente de facto.

Aunque esta atípica división del poder podría haber generado grandes tensiones, el dúo Cheney/Rove resultó funcional gracias a un acuerdo no escrito por el cual Rove asumió la gestión cotidiana del gobierno (que implicaba mayoritariamente la relación entre el ejecutivo y el legislativo para cuestiones de política interior) y Cheney se ocupó de marcar la dirección política de la presidencia y gestionar las relaciones internacionales con sus sucesivas guerras. Bush se quedó con la función simbólica y representativa de la presidencia, hasta el punto de ausentarse largas temporadas de Washington DC recibiendo a la prensa y mandatarios internacionales desde su rancho de Texas. El folclorismo de un presidente cowboy alejado de Washington es una rareza que en cuarenta y cinco presidencias sólo es comparable con la figura del millonario impertinente que ha conformado su equipo presidencial desde la cumbre de su rascacielos en plena Quinta Avenida de Manhattan.

CON STEVE BANNON EN LA CASA BLANCA EL DISCURSO XENÓFOBICO Y LAS POLÍTICAS DE EXCLUSIÓN RACISTAS COBRAN CARÁCTER DE ESTADO

El caso de Trump guarda similitudes con el de George W. Bush aunque sólo en la superficie. Al igual que Bush, Trump no está interesado en la gestión cotidiana del gobierno. Como presidente de un conglomerado empresarial está acostumbrado a ejercer una labor de representación internacional de los intereses de su emporio y de mando sobre éste como cabeza de sus consejos de administración. Él es la marca, el nombre, la cara y la voz de sus empresas. Pero la ciencia de los números que traduce sus decisiones en gestión empresarial recae en el consejo de administración, en los directivos, en los técnicos y en los asesores. Él manda en sus empresas pero no las gobierna, porque el tamaño y la dedicación burocrática que exigen quedan muy lejos de las posibilidades e interés de un millonario metido a showman.

Cuando los periodistas han preguntado a Trump por su experiencia política y de gobierno él siempre ha ofrecido la misma respuesta: que tiene cuarenta y dos años de experiencia como director ejecutivo de The Trump Organization, y que gobernar una empresa es como gobernar un país, pues debes velar por que las cuentas ofrezcan ganancias y crecimiento a la vez que debes llegar a acuerdos con potencias y socios internacionales. Esta explicación tipo es algo más que una mera justificación. Es la profunda creencia compartida por muchos directivos y magnates que confunden su control efectivo e indirecto de la política con la gestión política concreta. Trump en este sentido es portavoz privilegiado de una clase que manda sin necesidad de gobernar.

Y esta es la clave del perfil presidencial de Trump, que aspira a mandar delegando la acción de gobierno en su gabinete presidencial y en su equipo de la Casa Blanca, a los que concibe como una suerte de consejo de administración. Ésta es posiblemente una de las razones por las que su gabinete presidencial está compuesto en buena medida de exdirectivos de grandes empresas y compañías financieras.

De los quince secretarios de su gobierno (puesto equivalente al de ministro en los regímenes parlamentarios), un tercio son antiguos directivos de multinacionales y compañías financieras (con especial preponderancia de antiguos directivos de Goldman Sachs). Algo más de otro tercio son

políticos de carrera que han disfrutado de puestos de poder con anterioridad. Hay dos generales retirados en un caso sin precedentes de militares ocupando puestos civiles y un político que nunca ha disfrutado de un puesto de representación o decisión con anterioridad. A 16 de enero del 2017 queda por nombrar el secretario de Agricultura, que muy probablemente irá para algún empresario o para algún político de Texas o del Medio Oeste con conexiones en la industria del maíz, y por lo tanto, del etanol.

ESTÁ POR VER SI SE EFECTÚA UNA RUPTURA CON RESPECTO A LA POLÍTICA ECONÓMICA INICIADA CON LA 'REGANOMICS', QUE, JUNTO A LAS REFORMAS DE NIXON, INICIÓ LA ERA NEOLIBERAL

El gabinete presidencial es atípico tanto por la presencia de militares como por la cantidad de antiguos directivos. En el caso del secretario de Defensa, el general James Mattis, un militar retirado de servicio hace casi cuatro años, se presenta incluso un caso de incompatibilidad de servicio público, pues el acta de seguridad nacional de 1947 (que establece la secretaría de Defensa y funda el Pentágono), en el código 113-a del título 10 establece que el puesto ha de ser desempeñado por un civil, o un militar retirado con al menos siete años de vida civil con anterioridad a asumir el cargo público. John McCain a petición de Trump tuvo que pedir una dispensa especial al Senado para la aprobación de Mattis que ganó por 81 votos a favor frente a 17 en contra.

Pero el periplo legal para la aprobación de Mattis puede resultar una anécdota en comparación con el ineludible y gigantesco conflicto de intereses que atraviesa al presidente electo como principal dueño de una corporación (The Trump Organization) que agrupa medio millar de empresas en decenas de ramos económicos, de las cuales según la CNN 144 se encuentran distribuidas en al menos 25 países y a cuyo frente deja a sus hijos. La probabilidad de que la legislación y las decisiones ejecutivas beneficien a alguna de estas empresas es muy elevada, y podría ser objeto de un impeachment por parte del Congreso como explicaré más adelante.

En cuanto a su familia, Trump ha demostrado durante los dos meses que ha durado el traspaso de poderes y el proceso de designaciones presidenciales una actitud abiertamente nepotista otorgando un importante papel de decisión en el gabinete de transición a sus tres hijos mayores (Ivanka, Donald Jr. y Erik) y a su yerno, el marido de Ivanka Trump, Jared Kushner.

La figura de Kushner abre el análisis a un tema de gran relevancia: los hombres fuertes de la presidencia Trump. No son todos los hombres del presidente, por hacer el juego al título de Bernstein y Woodward, pero sí los más relevantes, los que intentarán ocupar el vacío que deje Trump en las labores de gobierno.

UNO DE LOS RIESGOS DE LA POLÍTICA LABORAL Y DE INVERSIÓN PÚBLICA DE TRUMP ES QUE PUEDE SER OBJETO DE UNA POLÍTICA DE SEGREGACIÓN SELECTIVA

El gabinete presidencial de Trump, aunque sin lugar a dudas lleva su sello, es obra colectiva de Jared Kushner, Mike Pence y Michael Flynn, con ciertos retoques por parte de Steve Bannon y Reince Priebus. Habrá muchos nombres importantes a la hora de explicar la presidencia Trump, pero el lector debe grabar estos cinco a fuego en su mente pues serán los determinantes a la hora de marcar la dirección política de la presidencia.

Kushner, a pesar de su juventud, ha demostrado ser un sujeto implacable y decidido a la hora de hacer valer su voluntad en el proceso de conformación del gobierno dejando su huella en los nombramientos. En primer lugar, se alió al vicepresidente electo Pence a la hora de descabezar a Chris Christie como líder del equipo de transición para colocar en su lugar al vicepresidente, y tras dicho movimiento y con el apoyo de Flynn se purgó del equipo presidencial a los colaboradores de Christie. Este movimiento propio de Juego de tronos resulta revelador por dos motivos:

En primer lugar porque nos deja entrever un patrón de conducta en la forma de entender el ejercicio del poder que puede revelar el papel a jugar por Kushner en la nueva administración.

Trump le ha nombrado consejero senior para la planificación estratégica en la Casa Blanca, uno de los puestos de mayor cercanía al presidente y que en la práctica supondrá que Kushner será el arquitecto de la agenda política presidencial, y actuará como la voz y los oídos de Trump en aquellos espacios en donde el presidente deba estar pero no pueda ser visto para preservar su imagen institucional. Hablar con Kushner va a ser lo más parecido a hablar con Trump.

EL COMPONENTE RACIAL Y RELIGIOSO DEL DISCURSO ANTIINMIGRACIÓN QUE HA RESURGIDO EN LOS ESTADOS UNIDOS NOS PERMITE HABLAR DE UN NEONATIVISMO

En segundo lugar la caída de Christie tiene una gran relevancia tanto en su ejecución como en sus implicaciones. Chris Christie fue purgado por Kushner como venganza por el encarcelamiento de su padre, el magnate inmobiliario Charles Kushner, quien tuvo que responder ante la justicia por donaciones ilegales de campaña (irónicamente al Partido Demócrata), manipulación de testigos y evasión fiscal, y cuyo encarcelamiento fue propiciado por Christie como abogado general del distrito de New Jersey en el año 2004. La caída de Christie es fundamental pues con él se purgó a la mayoría de políticos profesionales y lobbistas procedentes de los restos del Partido Republicano. Con este movimiento se ha impedido que políticos de segunda fila con una carrera hipotecada copasen el vacío dejado por la derrota que Trump infligió a la élite republicana, y permitió que actores externos al partido se elevasen como fuerza emergente de la derecha. En especial los antiguos directivos que fueron invitados por Pence y Kushner para ocupar los puestos del gabinete.

Pero este relevo de élites no puede realizarse de manera absoluta sin quebrar por completo la clase dirigente, y tal vez ésta haya sido la gran intuición de Kushner cuando, según información de medios tan dispares como Fox News o el New York Times, aconsejó a Trump para que eligiera a Mike Pence como vicepresidente y compañero electoral (Pence había apoyado a Ted Cruz en las primarias contra Trump). Sólo la posteridad dirá si ésta fue la decisión que apuntaló el liderazgo de Trump en el partido o la causa de su caída, pues ambas opciones están sobre la mesa. En declaraciones a ABC News el 18 de septiembre de 2016, a la pregunta de cuál era para él su máximo referente si llegaba a ser vicepresidente, Pence respondió que admiraba el trabajo y el rol desempeñado por Dick Cheney siendo vicepresidente de George W. Bush, y que él intentaría imitar a su predecesor como hombre fuerte y vicepresidente activo incidiendo en la política presidencial y con una alta actividad junto al Congreso.

UNA RUPTURA UNILATERAL DE LOS ACUERDOS COMERCIALES QUEDA DESCARTADA PORQUE EL SECTOR INDUSTRIAL DE ESTADOS UNIDOS SUFRIRÍA UN 'SHOCK'

Esta abierta declaración de intenciones resulta de gran interés pues establece una posición política con respecto al presidente que puede ser fuente de conflicto y divorcio político dentro del equipo de la Casa Blanca. Trump puede no estar interesado en gobernar, pero si hay algo a lo que nunca va a renunciar por carácter y trayectoria es al mando. Y si siente que su liderazgo está amenazado es muy posible que no tema entrar en guerra abierta con su vicepresidente, si este se muestra excesivamente activo en su quehacer y atribuciones. Trump no es Bush y no se va a dejar mangonear por su equipo, ni dejará que le conviertan en un elemento ornamental. Políticamente hablando Pence es marcadamente más conservador que Trump en cualquier asunto de la agenda política. Comenzó como un representante de la derecha evangélica de la órbita de Gingrich a inicios de la era Bush (hijo), y cuando el Tea Party apareció en la Era Obama se adhirió a su ala de la derecha cristiana. Pero al contrario de la mayoría de sus compañeros, como su entrada al Congreso fue anterior a su ingreso en el Tea Party nunca fue víctima de la lógica de los cruzados morales, ya que había creado su red de contactos antes de convertirse en un agitador moralista. En 2012 consiguió ser elegido gobernador del estado de Indiana siendo uno de los pocos políticos del Tea Party en alcanzar esa posición y aunando en su persona la faceta más institucional y corporativa de los políticos profesionales del establishment con un discurso agitador y extremista conservador propio del Tea Party. Tendríamos que retroceder a la

vicepresidencia de Millard Fillmore (1849-1850) o a la de John C. Calhoun (1825-1832) para encontrar a un vicepresidente tan conservador como Pence.

El mayor peligro para Trump, la amenaza más sólida a su presidencia, puede venir de una alianza entre Mike Pence y Paul Ryan. Este último, como presidente de la cámara de representantes (con mayoría republicana), puede iniciar un proceso de impeachment si considera que el presidente ha cometido un crimen en el desempeño de sus funciones que atente contra la institución, los Estados Unidos, o rompa la ley de alguna manera. Como apunté con anterioridad la probabilidad de que se produzca un enriquecimiento probado por The Trump Organization gracias a la legislación o la acción ejecutiva de la Administración Trump es muy elevada, lo que daría lugar a una situación de conflicto de intereses y a un delito de enriquecimiento por detentación de un cargo público.

EXISTE EL RIESGO DE QUE SE RETROALIMENTEN LÓGICAS IMPERIALISTAS SI LOS ESTADOS UNIDOS Y RUSIA RENEGOCIAN NO INTERVENIR EN LOS PATIOS TRASEROS DE SU INTERLOCUTOR

Durante las primarias republicanas y posteriormente en las elecciones presidenciales Paul Ryan se destacó como líder opositor dentro del Partido Republicano a la candidatura de Donald Trump. El presidente electo jamás podrá perdonarle que, a menos de un mes de las elecciones, Ryan encabezase una rebelión exitosa dentro del partido para horadar su imagen, consiguiendo que destacados miembros del partido pidieran el voto para Hillary Clinton (incluido él mismo). Ryan es además un destacado miembro del Tea Party (de su facción libertaria) y fue candidato para vicepresidente por el Partido Republicano en las elecciones de 2012. Mantiene una excelente relación con Mike Pence, al que invitó a participar en las reuniones del comité de la cámara de representantes tras la victoria en las presidenciales, lo que ofrece a Pence un acceso a los círculos de poder del Capitolio que nadie más en la Casa Blanca obtendrá.

Y es precisamente en esta conexión en donde reside el mayor peligro político para Trump, pues si su imagen pública se resintiese lo suficiente y a la par se enemistase con Pence por el control de la Casa Blanca, no resultaría difícil al vicepresidente aliarse con Ryan para que el legislativo iniciase un impeachment contra Trump que acabase con su carrera política, bien por el resultado del proceso, bien por la presión mediática que esto acarrearía. En caso de que el presidente dimitiera, la Constitución establece que el vicepresidente ocupará su lugar para el resto del mandato, por lo que Pence podría alcanzar el despacho oval sin necesidad de pasar por las urnas, y en el proceso recompensar a Ryan y al resto de líderes del impeachment con puestos en la oficina presidencial. Por otra parte, en el hipotético caso de que los demócratas recuperasen el Congreso en unas elecciones de mitad de mandato, resultaría poco probable que probasen a forzar un impeachment aunque existieran razones objetivas para iniciarlo, precisamente por el riesgo de entregar la Casa Blanca a Mike Pence, al que ven como un político mucho más conservador, hábil y peligroso que Trump.

Aun así Trump no se encuentra completamente desprotegido ante el binomio Pence/Ryan. El presidente entrante ha tenido el buen criterio de escoger a Reince Priebus como jefe de Personal de la Casa Blanca (un puesto parecido al de primer ministro). Este nombramiento le protege en buena medida ante las posibles conspiraciones que puedan provenir del Partido Republicano, ya que Priebus es jefe del Comité Nacional Republicano, y por lo tanto lo más parecido que hay a un jefe del partido a escala nacional. Priebus tiene buenas relaciones con la mayor parte de miembros del Congreso, y particularmente con Paul Ryan, el cual le debe su carrera política debido a que fue Priebus el que le ayudó a llegar a Washington cuando Ryan era un político local en el estado natal de ambos, Wisconsin.

Por lo tanto Priebus se erige como el mayor seguro de Trump contra el impeachment y como un cortafuegos ante las ambiciones de Pence de dominar la Casa Blanca, de la que Priebus es jefe de Personal y por lo tanto líder absoluto.

EL ACERCAMIENTO DE TRUMP A RUSIA PUEDE SER ENTENDIDO POR SU ADMINISTRACIÓN COMO UNA OPORTUNIDAD DE REPLANTEAR SU POLÍTICA DE ALIANZAS EN ORIENTE MEDIO

En argot político norteamericano existe el apelativo “silent workhorse” para referirse a aquellos políticos que adoptan un perfil bajo de cara al público y la prensa, pero que sin embargo asumen una gran cantidad de trabajo y responsabilidad. Pocos políticos de Washington se amoldan a este concepto mejor que él. Ha sido por lo general discreto en sus declaraciones lo que ha abundado más en su indefinición. De su época como líder del partido en Wisconsin destaca que fuera capaz de unir y pacificar las relaciones entre el Tea Party y los políticos del establishment, una constante en su biografía política al ser capaz de reconciliar a enemigos contrapuestos. A la vez que representaba al ala más institucional del partido consiguió lanzar a estrellas del Tea Party como Ryan. Y una vez conquistó la jefatura del Partido Republicano en el año 2011, aunque fue incapaz de detener su colapso, pudo al menos contener el choque entre los candidatos más institucionales y los radicales del Tea Party también a nivel nacional. Durante las primarias republicanas fue uno de los pocos líderes del establishment que se abstuvo de boicotear y criticar a Trump, y cuando éste venció construyó con él una alianza leal y sólida, a pesar de que el multimillonario representase una amenaza para el partido.

Priebus ha sido recompensado con un puesto que requiere a un político que sea un trabajador obsesivo, bien relacionado, conciliador, competente y poco dado al exhibicionismo mediático. Virtudes políticas que él corporeiza a la perfección como arquetipo opuesto a Trump. Ahí radica la fortaleza de esta alianza, y si Priebus y Pence no chocan por el control de la Casa Blanca, es muy probable que la gestión cotidiana del gobierno de los Estados Unidos recaiga sobre Priebus, aportando estabilidad al Ejecutivo, al país, y al mundo.

Pero en lo que se refiere a la gestión de la política imperial americana, la política exterior desde una perspectiva militar y de interés nacional, el personaje clave será el general retirado Michael T. Flynn como consejero de Seguridad Nacional. Desde un inicio ha sido uno de los hombres del ejército más cercanos a Trump y desde que éste lanzó su candidatura presidencial ha sido uno de sus más cercanos colaboradores. Su nombre se barajó para ser secretario de Defensa, pero Flynn se enemistó con el Pentágono cuando fue nombrado director de la Agencia de Inteligencia de Defensa (DIA), el servicio secreto y de inteligencia del ejército estadounidense (una especie de CIA del Pentágono).

LOS PRIMEROS MESES DEL GOBIERNO DE TRUMP PUEDEN INFLUIR DECISIVAMENTE EN LA NUEVA EXTREMA DERECHA EUROPEA Y PROPICIAR POSIBLES VICTORIAS DE LE PEN, WILDERS Y STRACHE

Resulta significativa su carrera en el comando de operaciones especiales, participando en la invasión de Granada planeada por Reagan en 1983 para derrocar al gobierno comunista de la isla. Asimismo participó en la operación Uphold Democracy entre 1994 y 1995, una invasión en Haití para devolver a Jean-Bertrand Aristide al poder. Además participó en las guerras de Afganistán e Irak también con operaciones especiales. Posteriormente formó parte del comando estratégico, y como director de inteligencia de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, el contingente de la OTAN para Afganistán.

Este recorrido por su carrera militar es muy esclarecedor a la hora de perfilar su perspectiva del poder militar al servicio de la política. Siempre vinculado a las operaciones especiales y a los equipos de inteligencia, con experiencia en la política de injerencia de los Estados Unidos en los

asuntos internos de las repúblicas sudamericanas y en las guerras de Oriente Medio, se nos muestra a un militar habituado a las aproximaciones indirectas y la intervención quirúrgica, por encima de los grandes despliegues armados. Quizás sea el tipo de militar apropiado para una potencia en declive que debe priorizar el subterfugio por el ascenso de nuevos competidores militares.

Ahora bien, el final de la carrera de Flynn se vio sacudido por una confrontación con las altas esferas del Pentágono y la estrategia militar de la Administración Obama. Flynn, que hasta el año 2014 había sido uno de los altos mandos militares más significados con el Partido Demócrata (fue nombrado director de la DIA por Obama), rompió abruptamente con la administración por su visión encontrada por el enfoque de Obama en Oriente Medio. Según el New York Times y Político, en la DIA comenzaron a perder la confianza en la capacidad de análisis de Flynn por cuestionar la ayuda de los Estados Unidos a la oposición Siria, en especial por las conexiones entre Estados Unidos, Arabia Saudí, y el frente Al-Nusra, así como por el intento de la Administración Obama de presentar a la organización Al-Qaeda como un capítulo superado en la historia. Por el contrario, Flynn aconsejó al final de su carrera un acercamiento a Putin y a al-Ásad en Siria para debilitar al islamismo.

A mediados del año 2014 Flynn se retiró de la vida militar activa y fundó una consultora estratégica con familiares suyos llamada Flynn Intel Group. Flynn tuvo entre sus principales clientes a socios del gobierno turco de Erdogan y posiblemente a raíz de su actividad con esta consultora estableció lazos con el gobierno ruso de Putin. Se desconoce si hubo intermediación turca o si la conexión es anterior, ya de la época final en la DIA (recordemos que para entonces ya recomendaba acercar posiciones a Rusia en Oriente Medio). Lo que sí que es claro es que en 2016, cuando decide implicarse de lleno con la campaña de Trump, ya es uno de los máximos exponentes de la política de un acercamiento de los Estados Unidos a Rusia, y dentro del nuevo organigrama gubernamental destaca como uno de los mayores aliados de Putin en la Casa Blanca. En un artículo del 19 de diciembre el New York Times reveló que Flynn, habiendo sido ya designado futuro consejero de Seguridad Nacional, sirvió de intermediario en un acuerdo entre el partido austriaco de extrema derecha FPÖ con el partido Rusia Unida de Vladimir Putin, en el que posiblemente sea el primer capítulo en la diplomacia de extrema derecha de nuevo cuño.

EL “PRIMERO AMÉRICA” QUE DONALD TRUMP HA LANZADO COMO SU ESLOGAN DE POLÍTICA EXTERIOR NO SERÁ UN REPLIEGUE AISLACIONISTA

Se trata por tanto de uno de los mayores exponentes en el nuevo gobierno para iniciar un nuevo capítulo en las relaciones exteriores con Rusia y uno de los miembros del gobierno mejor relacionados con Ankara y Moscú. Como consejero de Seguridad Nacional será el asesor más cercano al presidente Trump en asuntos de seguridad y política exterior. Sin embargo, está por ver cómo desarrolla su papel habiéndose enemistado con el Pentágono durante el segundo mandato de la Administración Obama, y exhibiendo su amistad con agentes exteriores que para muchos miembros del ejército y la política norteamericana siguen siendo considerados enemigos naturales de los Estados Unidos.

Finalmente, aunque no por ello menos importante, se encuentra el consejero senior para el presidente Steve Bannon. Su nombramiento ha sido el más polémico de todos los realizados por Trump, debido a que es una de las voces más prominentes de la Alt-Right, la nueva extrema derecha norteamericana.

Concretamente Bannon es el gurú de una de sus dos facciones, la facción Breitbart. Será necesario, o más bien urgente, dedicar un artículo monográfico a la Alt-Right, a sus facciones, a sus líderes y a sus ideas, ya que de manera lenta pero decidida se está configurando como la fuerza política e intelectual que puede reconstruir los valores de la extrema derecha a los dos lados del Atlántico.

Aquí habrá que resumir diciendo que la facción Breitbart (apodada así por Richard B. Spencer, líder de la facción contraria, los Radix) es la facción mainstream de la Alt-Right. Sus miembros publican en el portal de noticias xenófobo Breitbart News (de ahí el nombre), y tienen como mayor fijación de su discurso la lucha de civilizaciones, teorizada por Samuel P. Huntington y popularizada por los neoconservadores: la defensa de un occidente cristiano/democrático y la lucha contra el islam. Son menos originales y más parecidos a sus homólogos europeos que los Radix, pero han conseguido una cobertura mayor en los Estados Unidos.

ES MUY PROBABLE QUE LA GESTIÓN COTIDIANA DEL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS RECAIGA SOBRE REINCE PRIEBUS

Steve Bannon, como director ejecutivo de Breitbart News, fue el responsable del auge de la página como referente de la extrema derecha norteamericana. Se trata de un genio de la comunicación política. Anteriormente fue militar en la marina, bróker para Goldman Sachs y productor cinematográfico de películas y documentales ultraconservadores. Pero el salto decisivo a la política lo daría como jefe de campaña de Trump sustituyendo a Paul Manafort, cuando se descubrieron las conexiones de éste con el expresidente ucraniano pro-Putin Viktor Yanukovich. Como jefe de campaña de Trump, Bannon realizó un trabajo mucho más acertado que el de su homólogo demócrata, el director de campaña de Hillary Clinton, John Podesta, cuando decidió en la recta final de las presidenciales hacer una gira por los Grandes Lagos que resultó decisiva para terminar de afianzar el voto de la clase trabajadora industrial. Se trata por tanto de un consejero muy sensible a los vientos de la opinión pública, que sabe leer las encuestas de cara a poder maximizar su potencial político y que tiene una particular habilidad para los discursos incendiarios que movilizan a la base más conservadora y racista del Partido Republicano.

En la Casa Blanca Bannon ha asumido el cargo de consejero senior y estratega jefe de la administración, lo que le sitúa junto al yerno de Trump, Jared Kushner, como el consejero más cercano al presidente. Todo parece indicar que entre los dos se va a generar una suerte de especialización de funciones, por la cual Kushner se ocupará de la relación cara a cara con los políticos de Washington, desarrollando la estrategia política desde la perspectiva de las relaciones interpersonales del poder, mientras que Bannon se encargará de la estrategia discursiva y la definición ideológica de la nueva administración. Sin espíritu de que esto se entienda como un juicio moral, Bannon será de alguna manera el "Goebbels" de Trump. Dado que Kushner es judío me abstendré de hacer comparaciones con jerarcas nazis, aunque acuden a mi mente un par de nombres.

LA MAYOR CONTRIBUCIÓN DE BANON AL ASCENSO DE LA EXTREMA DERECHA PODRÁ VENIR MEDIANTE LA NORMALIZACIÓN DE UN DISCURSO RACISTA POR PARTE DE LAS INSTITUCIONES

El ascenso de la figura de Bannon como consejero presidencial ha sido una de las mayores victorias políticas de la Alt-Right. Trump no pertenece a este movimiento, aunque existe la posibilidad de que lleve a cabo parcialmente la agenda política menos extremista de este grupo. Y lo que es más preocupante, sienta un precedente para que políticos genuinos de la Alt-Right comiencen a ocupar un espacio importante en la esfera pública. Con Bannon en la Casa Blanca el discurso xenófobo y las políticas de exclusión racistas cobran carácter de Estado, y su mayor contribución al ascenso de la extrema derecha podrá venir a través de la normalización de un discurso y enfoque racista por parte de las instituciones, que allane el camino a políticos mucho más peligrosos e ideologizados que el multimillonario advenedizo Donald J. Trump.

Renovando la Era Reagan: un 'New Deal' nativista y el "America First" como Doctrina Trump
Para finalizar esta serie de análisis sólo queda por comentar cuáles pueden ser las líneas políticas maestras de la futura presidencia. Cuando en un inicio comencé a preparar estos análisis me

llamó poderosamente la atención la conflictiva e inseparable relación del presidente entrante con la figura de Ronald Reagan. Anteriormente comenté las coincidencias personales y simbólicas entre ambos candidatos, pero había un punto en donde ambos parecían distanciarse. Su política económica para los Estados Unidos.

Uno de los momentos más comentados de la campaña presidencial por periodistas y analistas fue la centralidad que ocupó durante su discurso de la victoria el anuncio de una política de obras públicas que estimularían la economía estadounidense. ¿Acaso nos encontrábamos ante un resurgir del keynesianismo de la mano de la extrema derecha republicana?

El Partido Republicano había hecho de la contención del gasto público y la inhibición del Estado en la gestión económica su más preciada bandera desde la Era Reagan. El anuncio de Trump parecía por tanto un punto y aparte con respecto al discurso y el sentido común republicanos de la era precedente. Está por ver si de verdad se efectúa una ruptura con respecto al enfoque de la política económica iniciada con la Reganomics, que junto a las reformas de Nixon darían lugar al inicio de la era neoliberal en los Estados Unidos.

Sin embargo hay que recordar que si discursivamente Reagan fue un feroz crítico del gasto público, en la práctica su política económica sólo realizó contención del gasto en materia de servicios públicos y financiación de política social, mientras desviaba dichos fondos a la adquisición de contratos con la industria armamentística y el sector de la energía.

Trump puede ser sincero en su idea de intentar lanzar un nuevo New Deal (valga la redundancia), sin embargo es posible que el enfoque con el que lo ejecute diste mucho del programa económico de la Era Roosevelt. El New Deal de Roosevelt (o mejor dicho, los New Deals, porque hubo dos) implicaban algo más que una política de estímulo económico mediante la movilización de recursos públicos para reactivar la economía y generar empleo. Suponía, además de eso, una reforma integral de la economía mediante un cambio en las prioridades de la inversión, el desarrollo de un aparato legal e institucional regulatorio de las prácticas comerciales y financieras, un programa de reforma agraria y de rescate industrial, que trajo aparejado un nuevo avance en la protección laboral de los trabajadores y en la expansión de los sindicatos. Asimismo, la implementación de un programa de ayudas sociales para paliar la pobreza y el paro y el desarrollo de un sistema de pensiones desconocido aún en el país. En resumidas cuentas, el New Deal no sólo fue un plan de rescate económico para los ciudadanos y las empresas estadounidenses, sino además un cambio cualitativo en el rol económico del Estado desde una vocación social y con la reforma del sistema productivo en su conjunto.

TRUMP PUEDE SER SINCERO EN SU IDEA DE INTENTAR LANZAR UN NUEVO 'NEW DEAL', SIN EMBARGO ES POSIBLE QUE SU ENFOQUE DISTE MUCHO DEL QUE TUVO EL PROGRAMA ECONÓMICO DE LA ERA ROOSEVELT

Donald Trump es principalmente un magnate inmobiliario. Su secretario del Tesoro, Steven Mnuchin, es un antiguo inversor de Goldman Sachs que durante el periodo precedente y en el más volátil de la gran recesión de 2008 (fuera ya de Goldman Sachs) se dedicó a trabajar para distintos fondos de alto riesgo (hedge funds) participando en la compraventa de bancos quebrados por la crisis. El secretario de Comercio, Wilbur Ross, es un multimillonario que hizo su fortuna (de unos tres mil millones de dólares) mediante la compra y reestructuración de compañías quebradas y el secretario de Exteriores, Rex Tillerson, fue hasta su nombramiento directivo de la compañía petrolera ExxonMobil, una de las sucesoras de la Standard Oil Company, de la familia Rockefeller. En suma, ¿resulta factible que un grupo de multimillonarios del sector inmobiliario, la industria petrolera, los fondos de alto riesgo y las empresas de reestructuración de quiebras vayan a realizar una transformación económica en términos de redistribución y justicia social? Parece poco probable.

¿En qué podría consistir entonces la política económica de inversión pública del presidente Trump? Un ejemplo que a mi juicio puede aproximarse a dicho proyecto de inversión pública sería la política diseñada por Pedro Solbes e implementada durante el gobierno de José Luís Rodríguez Zapatero conocida como Plan E, que movilizó cerca de trece mil millones de euros repartidos en treinta mil proyectos de obras públicas con el fin de compensar el colapso del sector de la construcción y de la economía del ladrillo.

Aun con todo la apuesta no es desdeñable, pues muchas de las infraestructuras públicas en los Estados Unidos datan de los años setenta y en ciertas zonas del país, donde apenas queda tejido productivo, el plan como medida de choque puede sacar a comunidades enteras a flote mediante trabajos que, si bien no van a ser de calidad, pueden servir para aliviar situaciones extremas.

PODEMOS ENCONTRARNOS ANTE UNA REEDICIÓN DE LA ESTRATEGIA ECONÓMICA DE REAGAN, PERO EN DONDE LAS EMPRESAS CONSTRUCTORAS SEAN LAS NUEVAS GRANDES BENEFICIADAS

Uno de los riesgos de esta política laboral y de inversión pública es que puede ser objeto de una política de segregación selectiva. Ya no sólo porque el gobierno pueda priorizar la contratación de población blanca, sino porque la inversión en proyectos puede realizarse de manera selectiva en aquellos condados donde no hay minorías raciales. Con consejeros como Steve Bannon influyendo en la modelación de políticas públicas no sería descabellado que las inversiones se instrumentalizasen para priorizar aquellos caucus que han pivotado circunstancialmente desde el Partido Demócrata al Partido Republicano. El Ejecutivo de Trump podría mantener una política económica muy continuista (y los secretarios elegidos confirman esta hipótesis) a la par que se realizan inversiones estratégicas de gasto público para aliviar la situación de urgencia de ciertas zonas del país que electoralmente el Partido Republicano necesita asegurar, y de esta manera no necesitaría transformar la economía para que las comunidades de clase trabajadora blanca sintiesen que sus demandas han sido satisfechas. Estados Unidos tiene una larga historia de segregación económica en el sur y en los barrios marginales de las ciudades que sirven como modelo para replicar una economía segregacionista y nativista a nivel nacional.

El nativismo fue una corriente política que durante el siglo XIX propugnaba que los Estados Unidos debían ser sólo para la población blanca, anglosajona y protestante (los famosos WASP). Era un movimiento antiinmigración que se oponía a la llegada de católicos a los Estados Unidos, principalmente a los irlandeses.

El componente racial y religioso del discurso antiinmigración que ha resurgido en los Estados Unidos nos permite hablar de un neonativismo. Y no es descabellado pensar que la política económica del gobierno tenga gestos simbólicos hacia esta perspectiva trasladando lógicas segregacionistas ya existentes a políticas económicas nacionales.

Si la Era Reagan económicamente se caracterizó por un desvío de fondos públicos a la industria armamentística y petrolera, podemos encontrarnos ante una reedición de la estrategia económica, pero en donde las empresas constructoras sean las nuevas grandes beneficiadas. The Trump Organization podría verse directamente favorecida por esta nueva política de obras públicas mediante la adjudicación de contratos, aunque el emporio Trump debería generar un sistema de empresas subsidiarias para poder disimular el delito de tráfico de influencias y enriquecimiento ilícito.

Otras políticas marcadamente raciales que implican un gasto público, como la famosa decisión de construir un muro a través de la frontera de México, resultarían factibles aunque polémicas por la cantidad de recursos necesario para implementarlo. Ya existen algunos kilómetros de dicho muro construido, pero la propuesta de Trump de que México asumiese el coste de los kilómetros restantes resulta poco creíble, y sólo tendría visos de llevarse a término si los Estados Unidos

revisaran los términos del NAFTA que le son beneficiosos a México y convenciera a Peña Nieto de que pueden reducir significativamente el volumen de mercancías exportadas por México.

CUANDO ESTADOS UNIDOS AFRONTA CRISIS PARA LAS QUE SU SISTEMA POLÍTICO Y LEGAL NO ESTÁ PREPARADO, LOS PRESIDENTES TIENDEN A APROVECHAR PARA REBASAR LOS LÍMITES CONSTITUCIONALES

En este sentido una de las propuestas estrella de Donald Trump, la revisión de los tratados de libre comercio, aunque pudiera iniciarse durante su presidencia, sería difícil que pudiera quedar implementada en una legislatura. Una ruptura unilateral de los acuerdos comerciales queda descartada porque el amplio sector industrial del que aún disfruta los Estados Unidos sufriría un shock cuyas consecuencias serían infinitamente más dañinas que la actual política de tratados de libre comercio, con las situaciones de presión competitiva desleal consecuencia de compartir mercado con economías sin apenas regulación laboral. Los numerosos tratados de libre comercio deberían renegociarse de nuevo uno a uno en un proceso que podría dilatarse durante años. Wilbur Ross tiene una amplia experiencia en invertir en economías emergentes (sobre todo en la órbita de las finanzas rusas), pero está por ver si eso se materializa en una estrategia nacional de comercio. Como ya han incidido muchos comentaristas económicos, el principal problema de iniciar una política proteccionista reside en el efecto reflejo de cierre de mercados por el contagio de la política arancelaria.

En resumidas cuentas, es factible que el presidente Trump aplique el modelo económico de la Reaganomics a una estrategia de inversión en obras públicas, que beneficien a los sectores de la construcción, inmobiliario y financiero a la par que se aplica una lógica nativista y segregacionista en los beneficiarios de la inversión, de cara a afianzar el voto obrero y blanco. La revisión de la política de libre comercio puede iniciarse por la Administración Trump, pero el deseo de conservar la ventaja competitiva en aquellos sectores donde Estados Unidos sigue siendo una potencia exportadora obligará a una renegociación lenta que podría fácilmente rebasar los límites de la legislatura y ser abandonada por sus sucesores.

En cuanto a la política internacional, una de las decisiones que están resultando más polémicas y novedosas es el acercamiento de los Estados Unidos a la Rusia de Putin en un intento de reconfigurar el bloqueo que actualmente sufre el orden internacional e intentar frenar la estrella emergente de China.

EL MATRIMONIO CLINTON Y LOS DEMÓCRATAS FUERON LOS RESPONSABLES DE PROMOVER EL ENCUENTRO ENTRE LAS OLIGARQUÍAS RUSAS Y ESTADOUNIDENSES

Una mayor fluidez en las relaciones bilaterales entre los Estados Unidos y Rusia no es algo malo, pues puede aportar estabilidad a la situación geopolítica global en un escenario en el que los mecanismos de seguridad colectiva parecen haber saltado por los aires. Sin embargo, existe el riesgo de que se retroalimenten lógicas imperiales de ámbito regional si los Estados Unidos y Rusia renegocian no intervenir en los patios traseros de su interlocutor, con lo que la influencia de ambas potencias perdería en alcance, pero ganaría en intensidad, lo que se traduciría en un mayor intervencionismo ruso en Asia Central y Europa del Este, así como el regreso de la injerencia de los Estados Unidos en la política de las repúblicas sudamericanas.

Una ironía de las fluidas relaciones existentes entre Rusia y el entorno de Trump (sus secretarios de Estado y Comercio) es que se originaron en los programas de encuentros bilaterales promovidos por la Administración de Bill Clinton con el Gobierno de Boris Yeltsin, durante el proceso de privatización de la economía pública exsoviética auspiciada por el ministro de Economía ruso Yegor Gaidar, en donde el gobierno ruso buscaba capitales extranjeros y numerosos empresarios estadounidenses buscaban entrar en lo que para ellos era un “mercado virgen”. El matrimonio Clinton y los demócratas pueden vilipendiar al Gobierno de Donald Trump

por sus conexiones con Rusia, pero ellos fueron los responsables de promover ese encuentro entre oligarquías.

Como se ha comentado, el terreno común que une la administración estadounidense entrante con Rusia es su mutuo deseo de detener el lento pero constante peso de China en la política y economía internacional. Rusia, que, durante los mandatos de Vladimir Putin y Hu Jintao, creó una sólida colaboración bilateral por la agresiva política exterior de George W. Bush, ha acabado por enfriar sus relaciones con el gigante asiático molesta principalmente por la expansión económica y diplomática de China en las repúblicas de Asia Central durante la última década. Las repúblicas exsoviéticas de Asia Central fueron descuidadas por una Rusia hostigada por Estados Unidos y la Unión Europea a partir de los años noventa y se concentró en la defensa de su área de influencia en Europa del Este. China aprovechó la debilidad diplomática de Rusia para ir influyendo en las repúblicas de Asia Central a través de una política de inversiones y soborno a las autoridades públicas con el fin de controlar las inmensas reservas de petróleo y gas natural de dichos países.

La implosión de la economía y el Estado soviético ha obligado a Rusia a tener que aceptar que potencias extranjeras realicen incursiones en su área de influencia. La reconstrucción oligarquizante con privatizaciones masivas de la Era Yeltsin y de la presidencia de Putin ha dejado un país mucho más desigual, pero ha permitido el surgimiento de una élite alrededor de la cual se ha reconstruido el Estado, y que ha servido a Putin y a la facción belicista del Kremlin, los Siloviki, para relanzar una política exterior agresiva que ayudase a recuperar parte de la antigua esfera de influencia en Europa del Este, y detener temporalmente los avances de China en Asia Central. El regreso de Rusia a Oriente Medio mediante el apoyo de Putin al régimen Sirio de Bashar al-Ásad no solamente se explica desde la perspectiva de la defensa de su base naval de Tartus, y con ella de uno de sus últimos aliados en la zona, sino que además ha obligado a Estados Unidos a replantearse su desastrosa estrategia para Oriente Medio, donde múltiples potencias aliadas suyas y una miríada de organizaciones (muchas de ellas terroristas) financiadas por los Estados Unidos luchan por la hegemonía de una zona con demasiados actores como para que ninguno pueda imponer su criterio.

NO DEBEMOS OLVIDAR QUE ES FRENTE A INDIVIDUOS COMO DONALD TRUMP Y SU EQUIPO DE DONDE SURGE LA LUCHA POR UN MUNDO MEJOR

El acercamiento de Trump a Rusia puede ser entendido por la Administración estadounidense entrante como una oportunidad de replantear su política de alianzas en Oriente Medio, repleta de aliados como Israel, Turquía o Arabia Saudí que hace mucho tiempo han dejado de obedecer el mandato geopolítico de los Estados Unidos y se dedican a promocionar sus propios intereses en la zona. Trump puede enfocar la entrada de Rusia como una oportunidad para pacificar Oriente Medio sin tener que asumir todo el coste militar, económico y diplomático de un teatro de operaciones como el de la segunda guerra de Irak (cuyos resultados son más que cuestionables desde cualquier perspectiva). Y en colaboración con Rusia y cediendo una parte de su proyección de poder en la zona, puede comenzar una retirada efectiva y eficiente que le permita concentrarse en la que es la máxima prioridad para Trump, la reforma interna de los Estados Unidos, sin verse demasiado desgastado por la política exterior.

El “America First” que Donald Trump ha lanzado como su eslogan de política exterior no será tanto un repliegue aislacionista, como un replanteamiento de la política exterior norteamericana propiciando las relaciones bilaterales con ciertos actores que puedan serle de utilidad en un repliegue nacional. Además del caso ruso, el acercamiento a la Inglaterra de Theresa May estará propiciado por la amistad histórica de las dos potencias atlánticas, la sintonía política que se vive en los dos países y la debilidad diplomática en que quedará Gran Bretaña tras el Brexit que le harán aceptar una situación de subalternidad que en otras épocas habría sido impensable. Además de con China, Alemania y con ella la Unión Europea verán sus relaciones resentidas con unos Estados Unidos que la ven más como una competidora comercial que como una aliada. Los

primeros meses del Gobierno de Trump pueden influir decisivamente en la nueva extrema derecha europea y propiciar posibles victorias de Marine Le Pen, Geert Wilders y Heinz-Christian Strache, con los que reconstruir desde una perspectiva de Alt-Right las relaciones transatlánticas.

La década que hemos vivido desde el inicio de la crisis en 2008 hasta la actualidad ha sido un ciclo de duros ajustes económicos y de un despertar en la conciencia social y la movilización ciudadana. Aumenta el número de personas críticas con el sistema que buscan una alternativa y politizarse ha sido una de las quiebras más positivas en contra del consenso neoliberal que desde hace décadas nos conduce a una situación de dislocación social y ausencia de alternativas. Esta ha sido una década de renacer de una conciencia colectiva sobre lo público y lo común. Pero este despertar de conciencias no ha sido lo suficientemente masivo y en la actualidad, y tras muchos duros recortes y luchas que no han terminado de fraguar, hay un repliegue hacia el mundo privado. Sujetos como Trump van a aprovechar este repliegue de la movilización colectiva para realizar su revolución de extrema derecha alternativa: un mundo de oligarcas que prometen recuperar paraísos perdidos tras los muros de un nacionalismo racial y religiosamente excluyente. Frente a ellos habrá que luchar por volver a movilizar las conciencias dormidas. Ante problemas globales que no pueden resolverse con una vuelta en falso al Estado nación hay que plantear redes de colaboración internacional que nos ayuden a buscar alternativas a una crisis ecológica y a un sistema económico que no ofrecen salidas a la inmensa mayoría de la población, así como a sistemas políticos que se volverán tendencialmente más autoritarios. No hay que engañarse, los próximos años, quizás la próxima década, estarán marcados por una nueva política reaccionaria de la que Trump es su primer representante. Pero tampoco debemos olvidar, que nuestras libertades y derechos se ganaron frente a esta clase de autócratas y a los oligarcas que lo rodean, y que es en esa lucha de defensa de las libertades y búsqueda de alternativas en la que se han construido los proyectos políticos más valiosos que atesoramos en nuestra historia. Que es frente a individuos como Trump de donde surge la lucha por un mundo mejor.

Marcos Reguera. Investigador en la Universidad del País Vasco.